



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 263 - Junio 2025



«Faro que ilumina las
noches del mundo»



Beatriz Nagaiishi

Santa Marta - Catedral de Bayona (Francia)

Aquella a quien Jesús amaba

¿Cuál es la característica peculiar de un alma víctima? Ser de tal manera apagada a los ojos de los hombres que éstos la consideren como «aquella que no tiene nada especial». Santa Marta es una de esas almas.

Forma parte de ese grupo de almas víctimas que, sin mérito alguno, Dios mira con amor, elige y ama gratuitamente: «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro» (Jn 11, 5). Marta es la primera a la que se menciona como amada por el Señor.

Hermana de Lázaro, hermana de María Magdalena y aquella que hospedaba a Nuestro Señor Jesucristo y le daba descanso, alegría, alimento... Santa Marta, como dice San Agustín, alimentó a aquel que nos ha creado, alimentaba a aquel que nos alimenta; el Redentor

se alegraba de estar con ella. Marta servía al divino Maestro y después recogía toda la mesa, mientras Él se recostaba en un diván, con las piernas en alto, y María Magdalena se quedaba a su lado, haciéndole preguntas, a las cuales el Señor respondía. Poco después también llegaba Marta, y las dos hablaban con Él durante horas.

A pesar de ser un alma muy activa, Santa Marta supo encontrar, en su trato con Nuestro Señor Jesucristo, el verdadero equilibrio ante los problemas. Ella debería ser la patrona de las almas contemplativas y activas, patrona de las almas que tienen fe, pues por la oración obtuvo la resurrección de su hermano.

Monseñor João Scognamiglio Clá Dias, EP

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40836-1996
Tel. sede operativa 912 770 770

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

➔ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➔ EDITORIAL	
Fortalece a tus hermanos.....	5
➔ LA VOZ DE LOS PAPAS	
Fundamento de la unidad.....	6
➔ LA LITURGIA DOMINICAL	
La prenda de nuestra victoria.....	8
El mayor giro de la historia.....	9
¿Quién es Dios? ¿Cómo es Dios?.....	10
Un banquete ofrecido por María.....	11
Y bebieron el cáliz del Señor.....	12
➔ EJEMPLOS QUE ARRASTRAN	
El trébol que convirtió a una nación.....	13
➔ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
La encuadración de las páginas de la historia.....	14
➔ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
Llamados a juzgar con Cristo.....	17
➔ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Guías en los caminos de Dios.....	18
➔ TEMA DEL MES –	
LLAMAMIENTOS PROVIDENCIALES	
Carlomagno – Espada y escudo de la cristiandad.....	22
Ricardo Corazón de León – El valor de un gran corazón.....	26
Isabel I de Castilla – Una reina verdaderamente católica.....	29
Charles-Maurice de Talleyrand et Périgord – El hombre con seis cabezas.....	32
➔ VIDAS DE SANTOS	
San Bernabé, apóstol – Fiel testigo de Cristo crucificado.....	36
➔ ¿SABÍAS.....	39
➔ DOÑA LUCILIA –	
LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN	
Madre solícita y dadivosa.....	40
➔ HERALDOS EN EL MUNDO.....	44
➔ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
1700 años del Concilio de Nicea – Cinco lecciones para nuestros días.....	46
➔ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Dos maneras de elevarse.....	50



Reproducción

6 El fundamento sobre el que
no se puede colocar otro



José María Liger Loarte (CC by-sa 4.0)

14 La Santa Iglesia, eje de
la historia



Archivo Revista

18 ¿Quiénes son los hombres
providenciales?



Reproducción

46 La Iglesia se reúne en
defensa de la fe

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

¡Salve María! Me gustaría saber cuál es la doctrina de la Iglesia Católica sobre la cremación. ¿Es apropiado que un católico elija ser incinerado tras su muerte?

Marianne Farias – Recife (Brasil)

Desde sus orígenes, la Iglesia Católica adoptó la costumbre de sepultar los cuerpos de los cristianos fallecidos. Prueba de ello son las catacumbas —que aún existen y reciben muchos visitantes—, donde los fieles se reunían para rezar y asistir a la santa misa en tiempos de persecución.

Se había adoptado ese hábito con preferencia a la cremación no porque ésta fuera, en sí, algo malo, sino por respeto a la sensibilidad humana, a la cual le repugna colaborar en la destrucción del cuerpo de un ser querido. Por otra parte, la incineración del cadáver era un acto ritual de algunos cultos paganos, lo que llevó a la Iglesia, siempre celosa en la defensa de la fe, a optar por la inhumación.

La doctrina católica sobre este asunto, recogida por la entonces Congregación para la Doctrina de la Fe, es sencilla y clara: «La Iglesia sigue prefiriendo la sepultura de los cuerpos, porque con ella se demuestra un mayor aprecio por los difuntos; sin embargo, la cremación no está prohibida, a no ser que haya sido elegida por razones contrarias a la doctrina cristiana» (*Ad resurgendum cum Christo*, n.º 4). El catecismo también nos enseña que «la Iglesia permite la incineración cuando con ella no se cuestiona la fe en la resurrección del cuerpo» (CCE 2301).

San Pablo nos dice en la Primera Carta a los Corintios: «Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo, en su venida» (15, 21-23). Y lo mismo profesamos en el credo: «Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna».

La liturgia, a través de las palabras, pero también mediante gestos, movimientos y símbolos, sigue realizando la obra de Jesucristo. Por eso San Agustín señala que, al enterrar los cuerpos de los fieles difuntos, la Iglesia reafirma la fe en la resurrección de la carne (cf. *De cura pro mortuis gerenda*, c. 3, n.º 5). De este modo se manifiesta lo que dice

Tertuliano: «La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella» (*De resurrectione carnis*, c. 1, n.º 1).

Por ese motivo, a quienes optan por la cremación no se les debe privar de los sacramentos ni siquiera de los ritos funerarios, a menos que en vida la persona hubiera expresado su deseo de ser incinerado por razones contrarias a la fe. En este caso, la norma de la Iglesia es la de negar las exequias eclesísticas, según lo determina el derecho (cf. CIC, can. 1184 § 1, 2.º).

De hecho, la elección de la cremación suele ir acompañada de gestos que contradicen la enseñanza de la doctrina católica respecto de la resurrección, debido a la manera en que las cenizas de los difuntos son tratadas. Por ello, recientemente la Iglesia ha determinado un cuidado especial sobre este punto como, por ejemplo, conservar las cenizas en cementerios o columbarios, prohibiendo esparcirlas —ya sea en el aire, en la tierra o en el agua— o incluso dividir las en lugares diferentes, así como transformarlas en «joyas» y otros objetos.

Por supuesto, nada de esto sería impedimento al poder de Cristo, que al final de los tiempos resucitará a todos los que han muerto. Pero gestos como estos pueden llevar a confusión en la fe, porque tienen apariencia de creencias panteístas, naturalistas o nihilistas, entre otras.

Bien al contrario, la Iglesia nos enseña que «el rito de las exequias debe expresar más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana» (CONCILIO VATICANO II. *Sacrosanctum concilium*, n.º 81), razón por la cual se introdujo la costumbre de colocar el cirio pascual junto al ataúd o la urna que contiene las cenizas del fallecido.

Finalmente, sea cual sea el rito elegido —la sepultura, más apropiada, o la cremación—, no se debe perder de vista la meta de todo católico, que Santa Teresa del Niño Jesús resumió poéticamente poco antes de dejar esta tierra: «No muero, ¡entro en la vida!».



**El papa León XIV
en la bendición
«urbi et orbi»,
el 8/5/2025**

Foto: dpa / Alamy Live News

FORTALECE A TUS HERMANOS

Los hombres participan de la Providencia divina a través de su misión y de sus acciones. Y en esto el apóstol Pedro ocupa un lugar preeminente, pues sólo a él le fueron confiadas las llaves del Reino de los Cielos (cf. Mt 16, 19).

Pedro tiene la primacía de entre los Apóstoles: es el primero de la lista (cf. Mt 10, 2-4) y se le menciona con destaque (cf. Mc 1, 36), además de hablar en nombre de todos (cf. Jn 6, 68). El Señor, para predicarle a la muchedumbre, elige su barca (cf. Lc 5, 1-3); y, durante su estancia en Cafarnaúm, se hospeda en su casa (cf. Mt 8, 14). Por último, como principio de unidad, sobre él recae la responsabilidad de pagar el impuesto del Templo por él mismo y por Jesús (cf. Mt 17, 24-27).

El cambio de su nombre, de Simón a Pedro (cf. Jn 1, 42), indica también un cambio de paradigma: en él se ha constituido una roca perenne, que ninguna fuerza humana o diabólica podrá subyugar. De simple pescador se convierte en pescador de hombres (cf. Mt 4, 19) y recibe el cuidado de todo el rebaño de Cristo (cf. Jn 21, 15-19).

Sin embargo, ese poder no tiene su origen en Pedro, sino en el Padre (cf. Mt 16, 17). Por eso, cuando el primer pontífice confió en sí mismo y no en la gracia, fue llamado piedra de escándalo e imagen de Satanás (cf. Mt 16, 23) y, literalmente, se hundió en las aguas (cf. Mt 14, 30). Al príncipe de los Apóstoles se le exige un amor incondicional, testimoniado en tres ocasiones, para que pueda cumplir de hecho su misión de pastor. Después de Pentecostés, está tan unido a la voluntad de Dios que actúa en plena sintonía con el Paráclito: «Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo» (Hch 5, 32).

Jesús oró para que la fe de Pedro no desfalleciera a fin de que pudiera *confirmar* —σπῆρισον—, es decir, *fortalecer* a sus hermanos (cf. Lc 22, 32). El vicario de Cristo sustenta el principio de la unidad de la Iglesia —sintetizado en el célebre aforismo de San Ambrosio: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia* (In Psalm XL, n.º 30)— y sobre sus hombros recae la responsabilidad de mantenerla indefectible, «sin mancha ni arruga» (Ef 5, 27). En efecto, no solamente creemos en una única Iglesia, sino también santa.

Muchos herejes y revolucionarios han intentado desfigurar esa piedra, hundir la barca de Pedro o robar las llaves que sólo a él le pertenecen. Sabemos por la fe que esto nunca sucederá, porque, en virtud de la promesa de Cristo, las puertas del Infierno nunca prevalecerán. No obstante, corresponde a los sucesores de Pedro ser dóciles a la acción del Espíritu Santo, para conservar fielmente el depósito de la fe y no crear una nueva doctrina al capricho del viento (cf. DH 3070).

Como sucesor del príncipe de los Apóstoles, al papa León XIV se le ha confiado el timón de la Iglesia, la cátedra de Pedro, las llaves del Reino de los Cielos y, en cierto modo, el peso del mundo entero, inmerso en crisis de todo tipo. Estamos, sin duda, en un momento clave en la historia de la Iglesia, casi diríamos de vida o muerte, si no fuera inmortal.

Al nuevo pontífice y a su misión, bien se les aplica el título que él usó para el Cuerpo Místico de Cristo: «Faro que ilumina las noches del mundo» (LEÓN XIV. *Homilía*, 9/5/25). La grey de Jesús espera mucho, pues, de este nuevo Pastor de la Iglesia universal: ante todo, que la *fortalezca* y la *afirme* con la fuerza misma que emana de la roca de Pedro. ✠



Fundamento de la unidad

El Espíritu Santo no fue prometido a los sucesores de Pedro para que manifestaran una nueva doctrina, sino para que, con su asistencia, custodiaran el depósito de la fe. Este carisma de la verdad y de la fe nunca deficiente fue conferido a Pedro para que la Iglesia entera se conservase una.

UN SOLO CUERPO, UNA SOLA CABEZA

La Iglesia, que es una y única, tiene un solo cuerpo, una sola cabeza —no dos, como un monstruo—, es decir, Cristo y el vicario de Cristo, Pedro, y su sucesor; puesto que dice el Señor al mismo Pedro: «Apacienta a mis ovejas» (Jn 21, 17). «Mis ovejas», dijo, y de modo general, no éstas o aquellas en particular; por lo que se entiende que se las encomendó todas. [...]

Ahora bien, esta potestad, aunque se ha dado a un hombre y se ejerce por un hombre, no es humana, sino antes bien divina, por boca divina dada a Pedro, y a él y a sus sucesores confirmada en aquel mismo a quien confesó, y por ello fue piedra.

Fragmentos de: BONIFACIO VIII.
Unam sanctam, 18/11/1302:
DH 872; 874.

PEDRO, FUNDAMENTO VISIBLE DE LA UNIDAD

El Pastor eterno y Guardián de nuestras almas, para convertir en perenne la obra saludable de la Redención, decretó edificar la Santa Iglesia en la que, como en casa del Dios vivo, todos los fieles estuvieran unidos por el vínculo de una sola fe y caridad. [...]

Mas para que el episcopado mismo fuera uno e indiviso y la universal muchedumbre de los creyentes se conser-

vara en la unidad de la fe y de la comunión, por medio de los sacerdotes cohesionados entre sí, al anteponer al bienaventurado Pedro a los Apóstoles, en él instituyó un principio perpetuo de una y otra unidad y un fundamento visible.

Fragmentos de: PÍO IX.
Pastor æternus,
constitución del Concilio Vaticano I,
18/7/1870: DH 3050-3051.

EL PAPEL DE MANTENER LA COHESIÓN DE LA IGLESIA

Por voluntad y orden de Dios, la Iglesia está establecida sobre el bienaventurado Pedro, como el edificio sobre los cimientos. Y pues la naturaleza y la virtud propia de los cimientos es dar cohesión al edificio por la conexión íntima de sus diferentes partes y servir de vínculo necesario para la seguridad y solidez de toda la obra, si el cimiento desaparece, todo el edificio se derrumba. El papel de Pedro es, pues, el de soportar a la Iglesia y mantener en ella la conexión y la solidez de una cohesión indisoluble.

Fragmento de: LEÓN XIII.
Satis cognitum, 29/6/1896.

TESTIMONIANDO LA VERDAD, SIRVE A LA UNIDAD

El obispo de Roma, con el poder y la autoridad sin los cuales esta función se-

ría ilusoria, debe asegurar la comunión de todas las Iglesias. Por esta razón, es el primero entre los servidores de la unidad. Este primado se ejerce en varios niveles, que se refieren a la vigilancia sobre la transmisión de la palabra, la celebración sacramental y litúrgica, la misión, la disciplina y la vida cristiana.

Corresponde al sucesor de Pedro recordar las exigencias del bien común de la Iglesia, si alguien estuviera tentado de olvidarlo en función de sus propios intereses. Tiene el deber de advertir, poner en guardia, declarar a veces inconciliable con la unidad de fe esta o aquella opinión que se difunde. Cuando las circunstancias lo exigen, habla en nombre de todos los pastores en comunión con él. Puede incluso —en condiciones bien precisas, señaladas por el Concilio Vaticano I— declarar *ex cathedra* que una doctrina pertenece al depósito de la fe. Testimoniando así la verdad, sirve a la unidad.

Fragmento de: SAN JUAN PABLO II.
Ut unum sint, 25/5/1995.

CONSERVACIÓN DEL DEPÓSITO DE LA FE, GARANTÍA DE LA UNIÓN DE LA IGLESIA

No fue prometido a los sucesores de Pedro el Espíritu Santo para que por revelación suya manifestaran una nueva doctrina, sino para que, con su asistencia, santamente custodiaran y fielmente

expusieran la revelación transmitida por los Apóstoles, el depósito de la fe. [...]

Así, pues, este carisma de la verdad y de la fe nunca deficiente, fue divinamente conferido a Pedro y a sus sucesores en esta cátedra, para que desempeñaran su excelso cargo para la salvación de todos; para que toda la grey de Cristo, apartada por ellos del pasto venenoso del error, se alimentare con el pábulo de la doctrina celeste; para que, quitada la ocasión del cisma, la Iglesia entera se conserve una.

Fragmentos de: PÍO IX.

Pastor æternus,
constitución del Concilio Vaticano I,
18/7/1870: DH 3070-3071.

LA MISIÓN DE REAFIRMAR LO QUE LA IGLESIA HA RECIBIDO DESDE EL PRINCIPIO

La misión de Pedro y sus sucesores consiste en establecer y reafirmar autorizadamente lo que la Iglesia ha recibido y creído desde el principio, lo que los Apóstoles enseñaron, lo que la Sagrada Escritura y la Tradición cristiana han fijado como objeto de la fe y norma cristiana de vida. [...] El contenido de la enseñanza del sucesor de Pedro [...], en su esencia, es un testimonio de Cristo, del acontecimiento de la Encarnación y de la Redención, así como de la presencia y acción del Espíritu Santo en la Iglesia y en la historia.

Fragmentos de: SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 10/3/1993.

FORTALECER LA FE ANTE LAS CONTRADICCIONES DEL MUNDO

Jesús ora de un modo particular por Pedro: «Para que tu fe no desfallezca» (Lc 22, 32a). Esta oración de Jesús es a la vez promesa y tarea. La oración de Jesús salvaguarda la fe de Pedro, la fe que confesó en Cesarea de Filipo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16).

La tarea de Pedro consiste precisamente en no dejar que esa fe enmudezca nunca, en fortalecerla siempre de nuevo,

ante la cruz y ante todas las contradicciones del mundo, hasta que el Señor vuelva. Por eso el Señor no ruega sólo por la fe personal de Pedro, sino también por su fe como servicio a los demás. Y esto es exactamente lo que quiere decir con las palabras: «Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32b).

Fragmento de: BENEDICTO XVI.
Homilia, 29/6/2006.

EL ORDENAMIENTO DIVINO NO PUEDE ESTAR A MERCED DEL ARBITRIO HUMANO

[El Papa] está sujeto al derecho divino y vinculado al ordenamiento dado por Jesucristo a su Iglesia. El Papa no puede modificar la constitución que la Iglesia ha recibido de su divino Fundador, como un legislador laico podría modificar la constitución del Estado. La constitución de la Iglesia apoya sus bases en un ordenamiento divino y no puede, pues, estar a merced del arbitrio humano.

Fragmento de: PÍO IX.
*Respuestas a la circular
del canceller Bismarck*,
enero-marzo de 1875: DH 3114.

HOMBRE LLAMADO A PARTICIPAR DEL PODER DE DIOS

Habiendo dicho [Pedro]: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo», Jesús le responde: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos» (Mt 16, 16-17). [...] «Y yo te digo», añadió, como el Padre te ha manifestado mi divinidad, del mismo modo te manifiesto tu excelencia: «Tú eres Pedro»

El papel de Pedro es, pues, el de soportar a la Iglesia y mantener en ella la solidez de una cohesión indisoluble

San Pedro, fachada de la catedral de la Santa Cruz y Santa Eulalia - Barcelona (España). De fondo, la basílica de San Pedro, Vaticano

(Mt 16, 18). Esto es, soy yo la piedra incommovible, la piedra angular, que de dos pueblos hago uno (cf. Ef 2, 20.14), el fundamento sobre el cual nadie puede colocar otro; sin embargo, tú también eres piedra, pues estás consolidado con mi virtud, a fin de que las cosas que me pertenecen te sean comunes a ti por la participación que tienes conmigo.

Fragmentos de: SAN LEÓN MAGNO.
Sermo IV, c. 2: PL 54, 149-150.



Josep Bracons (CC by-sa 2.0)



1 de junio – Solemnidad de la Ascensión del Señor

La prenda de nuestra victoria



✠ P. Mauro Sergio da Silva Isabel, EP

*Al subir al
Cielo, Jesús
promete
quedarse con
nosotros y
enviarnos
el Espíritu
Santo, siempre
que estemos
unidos a María*

La Ascensión del Señor ¡es ya nuestra victoria! Jesús sube a lo más alto del Cielo para reinar sobre los serafines, los querubines, los principados y las potestades. Nos precede para prepararnos un lugar y luego volver para llevarnos con Él (cf. Jn 14, 2-3).

Ahora bien, si allí está nuestra cabeza, es enteramente comprensible que la liturgia nos exhorte, como bautizados y miembros del Cuerpo Místico del Redentor, a tener siempre la mirada fija en el Cielo, como dice el Apóstol: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios» (Col 3, 1).

Sin embargo, el hecho de que el Señor haya ido al Cielo y esté tan alto no significa que se haya alejado de nosotros, como sucedería, por ejemplo, con un gobernante que subiera al último piso de un edificio desde donde pudiera ver toda el área que administra. Si alguien desde allí arriba le preguntara quiénes son los individuos que pasan por la calle, sin duda respondería que no lo sabe, ya que él dirige al conjunto de las personas y toma decisiones generales para el buen gobierno y bienestar de todos, pero no puede conocer a cada uno individualmente.

Con Jesús no es así. Como enseña Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, la Ascensión no pudo constituir un «abandono de aquellos por quienes se encarnó y murió en el Calvario. Su regreso al Padre solo pudo haber ocurrido como resultado de su incommensurable amor por cada uno de nosotros».¹ De modo que el Señor sigue estando al lado de aquellos por los que sufrió; conoce nuestro nombre, las pruebas que pasamos, las dificultades que afrontamos.

Es más: Jesús encontró un medio ideado con ingenio divino para estar realmente con nosotros hasta el final de los tiempos (cf. Mt 28, 20). Afir-

maba el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira² que si le contaran toda la vida del Señor, concluyendo con la Ascensión, pero no le dijeran nada sobre la Eucaristía, no daría crédito que el Hijo de Dios hubiera subido al Cielo abandonando a los suyos, y comenzaría a buscarlo por toda la faz de la tierra.

Tal es el amor del Señor por los hombres redimidos, que quiso quedarse con nosotros en la Eucaristía, estableciendo en nosotros una convivencia íntima en nuestro interior, por la cual sigue aconsejándonos, perdonándonos y fortaleciéndonos en el camino hacia el Cielo.

Por otra parte, les concedió a los Apóstoles una herencia que, por así decirlo, resumía toda su obra: «Voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre» (Lc 24, 48). Jesús declara que enviará al Espíritu Santo. Pero ¿cuál era la condición? «Quedaos en la ciudad hasta que os revistáis de la fuerza que viene de lo alto» (Lc 24, 49).

Los Apóstoles habían aprendido que, en ausencia del divino Maestro, el único refugio donde encontrarían fuerza y ánimo era con Nuestra Señora. Por eso, después de la ascensión de su Señor, perseveraron unidos en la oración «con María, la madre de Jesús» (Hch 1, 14): Pentecostés debía ir precedido por días de recogimiento con la Santísima Virgen.

Así pues, la Ascensión nos enseña que el Señor está siempre con nosotros y que quien desee recibir el Espíritu Santo, quien anhele una nueva infusión de gracias en su vida, necesita permanecer unido a María: Ella es la prenda dada por Jesús para nuestra victoria. ✠

«La Ascensión», de Fra Angélico - Galería Nacional de Arte Antiguo, Roma

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «La Ascensión del Señor». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano: LEV, 2012, t. v, p. 353.

² Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 30/10/1971.

El mayor giro de la historia

✠ P. Joshua Alexander Sequeira, EP



Gran regocijo en el sanedrín. ¡El Nazareno ha fracasado! Su derrota no podría ser más completa. Las muchedumbres, testigos de sus milagros, estimuladas por ingentes sumas de dinero, clamaban por su destrucción. La muerte más ignominiosa lo eliminó de entre los vivos. Y dos ladrones lo flanquearon, estigmatizando para siempre su memoria...

Transcurrió poco más de un mes en aparente normalidad: el pueblo seguía acudiendo, indolente y mediocre, a los sacrificios en el Templo, mientras sus conciencias eran sofocadas por el ruido de las monedas de oro arrojadas a las arcas de las limosnas. El sepulcro vacío no había intimidado la perfidia de los enemigos de Jesús, ni había logrado vencer el miedo de sus antiguos seguidores, escondidos en el cenáculo.

Los evangelios no ocultan las miserias de los Apóstoles. Al contrario, pregonan con naturalidad sus carencias que, yendo más allá del ámbito de los predicados humanos, se extienden al terreno sobrenatural. Cuando llegó la hora suprema, uno había traicionado al Maestro (cf. Lc 22, 4-5; 47-48), todos estaban durmiendo antes de huir (cf. Lc 22, 45), y el principal entre ellos lo negó tres veces (cf. Lc 22, 56-60) a pesar de la advertencia previa (cf. Lc 22, 34).

Con razón lo celebraba el sanedrín. Aquellos timoratos del cenáculo, que resistiéndose a creer en la Resurrección se habían propuesto volver a la pesca y a sus antiguos negocios, no podían causarles ningún miedo...

Pero he aquí que raya la mañana de Pentecostés ¡y la promesa de Jesús se cumple! El Espíritu Santo descende y los Doce se convierten en los héroes más grandes de la historia.

De simples pescadores, se transforman en maestros de las naciones, guiándolas a la fe en el único Dios y a la moral perfecta. Su doctrina, austera y clara, permanece cohesionada y sin error en todas partes. Disuaden, sin dinero ni armas, a pueblos enteros de practicar los vicios más arraigados en la naturaleza humana, como la poligamia y la idolatría. Allí donde Sócrates y Platón habían desistido, dirigiéndose a los pueblos más inteligentes, triunfan rápidamente... y lo mismo con la gente ruda.

¿Qué queda de débil en esos leones que desafían a todos los poderes de la tierra? San Pedro plantará el estandarte de la verdad junto al palacio de los césares. Con su propio martirio, todos, otrora fugitivos del dolor, abrirán una estela de heroísmo, arrastrando a millones a la misma epopeya.

Se siguieron dos mil años de batallas y glorias: mártires, doctores, vírgenes, anacoretas, confesores, monjes, cruzados, misioneros... Esto demuestra la vitalidad de la Iglesia, santa y católica, cuya alma es el divino Espíritu Santo.

¡Qué importante lección para nosotros! Pentecostés brilla como el paradigma perpetuo del triunfo de Dios. Nadie ni nada puede vencerlo. Las fuerzas conjugadas del

mundo y del demonio son irrisorias ante su omnipotencia; y la debilidad humana es el pedestal donde mejor reluce su gloria. El fracaso de lo que parece ser su plan «A» no es más que una oportunidad para que desvele el «A + A» —su verdadero plan—, pues diríamos que, en este terreno, el vocabulario divino ignora la letra «B»...

Pero la victoria de Dios tiene un nombre: María. Sólo quien esté cerca de Ella, como los Apóstoles en Pentecostés, será inundado de gracias nuevas y podrá cantar: «Enviaste tu Espíritu, Señor, y se ha renovado la faz de la tierra». ✠



«Pentecostés» - Museo Histórico de Ratisbona (Alemania)

Pentecostés transformó una aparente derrota en el triunfo más rotundo. Y, por la súplica de María, el Espíritu Santo obrará el giro más grande jamás visto entre el bien y el mal

¿Quién es Dios? ¿Cómo es Dios?



✠ P. Luiz Francisco Beccari, EP

En las diversas perfecciones de la creación encontramos fácilmente el sello de la Trinidad Beatísima, que nos llama a buscarla para gozar de su compañía por toda la eternidad

Un inocente niño, de unos 5 o 6 años, se preguntaba: «¿Quién es Dios?». Y a la respuesta de esta cuestión dedicó su existencia. Sin embargo, después de haber escrito más de ocho millones setecientas mil palabras, ya hacia el final de su vida Santo Tomás de Aquino tuvo una visión sobrenatural y concluyó que todo lo que escribió era insuficiente para responder a la indagación de su infancia.

Pasan los siglos y el demonio, en su eterna infelicidad envidiosa, promueve la idea de que Dios es un ser «desaborido»: insípido, vaporoso, distante y... exigente. Así pues, hablar de la Santísima Trinidad despierta en ciertas mentes la imagen de un Dios Padre del tipo «anciano benévolo» y bonachón, que ya no tiene fuerzas para gobernar los acontecimientos; de un Dios Hijo líder filantrópico que intentó ayudar a los hombres y fracasó; y de un Dios Espíritu Santo con apariencia de paloma muy bien intencionada, pero incapaz de realizar grandes obras. En el sentido opuesto, el pecado, el disfrute de la vida, el placer que ofrece el demonio —quién sabe si incluso el propio Satanás...— se presentan como interesantes, atractivos, fabulosos.

No muy lejos de nuestros días, otro niño, mientras bajaba en tren las laderas de la sierra del Mar, que separa São Paulo del litoral, pensaba en la va-

riedad de altaneras montañas y nubes diáfanas, en el sol que bañaba la naturaleza, en los árboles en flor, en las cascadas que como un velo parecían sonreír o en el mar que, como una preciosa alfombra, ya despuntaba en el horizonte antes de comenzar el descenso. Su pregunta ya no era: «¿Quién es Dios?», sino: «¿Cómo es Dios?».

El pequeño Plinio admiraba la grandiosa obra de la creación y se quedaba encantado con sus armoniosos contrastes y su maravillosa diversidad. Concluyó que el Dios uno y trino debía ser representado por una multitud de seres diferentes y jerárquicamente ordenados, para componer un conjunto que lo reflejara de manera adecuada.

El Padre eterno, conociéndose con perfección, quiso darse plenamente, generando en su omnipotencia un Hijo igual a sí. Éste retribuye todo al Padre con tal integridad que del amor entre ambos procede el Espíritu Santo. Una vez completado el proceso entre las tres divinas personas, éstas quieren espejarse en una obra que las glorifique extrínsecamente de una manera pulcra y santa.

Artista insuperable, el Padre concibe un hermoso plan y lo confía al Hijo, que lo realiza de modo extraordinario encarnándose y entregándose por la humanidad, haciéndose obediente hasta la muerte. A su vez, el Espíritu Paráclito va distribuyendo a lo largo de los siglos los más variados beneficios, con el objetivo de completar este cuadro fabuloso con millones y millones de reflejos de sus infinitas perfecciones.

Pero, se preguntará alguien, ¿y los que se rebelan contra el plan de Dios? Incluso éstos lo glorificarán, haciendo brillar su justicia en un fuego creado por Él y mantenido por toda la eternidad para castigar a los insurgentes... Como todas las obras de la creación, el fuego, con su llama, su calor y su luz, refleja a su manera la Santísima Trinidad y alaba su perfecta unidad.

En Dios vivimos, nos movemos. No existe un fuera de Dios y, ya sea en las manos amorosas de su infinita bondad, sea en las manos justicieras de su sagrada cólera, lo glorificamos continuamente. ✠



Santísima Trinidad - Colegiata de Santa María, Gandía (España). De fondo, vista costera de la sierra del Mar (Brasil)

Un banquete ofrecido por María

✠ P. Luiz Alexandre de Souza, EP



Uno de los instintos más nobles y fuertes con que Dios ha dotado al ser humano es el de la sociabilidad. Otro instinto menos noble, pero también fortísimo, es el de la conservación, que lleva al hombre, entre otras cosas, a buscar alimento. Como no podía ser de otra manera, ambos instintos están íntimamente relacionados, hasta tal punto de que sólo en la vida en sociedad el hombre encuentra los medios para subsistir de forma segura y estable.

Esa relación entre los dos instintos se puede ver en un hecho común en nuestra vida cotidiana: cuando las personas se quieren, se invitan a socializar durante una comida.

Paradójicamente, el mayor desastre de la historia de la humanidad tuvo su causa en una amistad y una comida. Eva tomó el fruto prohibido y llamó a Adán para comerlo juntos. Adán, por amistad con Eva, desobedeció a Dios aceptando la invitación (cf. Gén 3, 6). Se había cometido el pecado original, a consecuencia del cual se nos cerraron las puertas del Cielo, quedándonos sujetos a la muerte y a todas las desgracias.

Sin embargo, desde toda la eternidad Dios ya había preparado su réplica: si del alimento recibido en aquella comida inicua nos vino la muerte y la condenación, de otro alimento ofrecido en un *sacrum convivium* nos vendría la salvación y la vida.

Mientras que en el Edén el Señor prohibió a nuestros primeros padres servirse de lo que, por desobediencia a este mandato, se convirtió en fruto de perdición (cf. Gén 2, 17), en la Santa Iglesia —nuevo Paraíso terrenal— Él prescribe que el banquete se perpetúe: «Haced esto en memoria mía» (1 Cor 11, 24).

Allí, comer correspondía a una sentencia de muerte: «No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis» (Gén 3, 3); aquí, comer es prenda de vida eterna: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54).

Esa carne y esa sangre fueron engendradas por Nuestra Señora. Así, el mismo Dios que, en un gesto de amor inimaginable, se hace alimento cuando el sacerdote pronuncia la fórmula de la consagración, se hizo carne en el claustro virginal de María cuando le oyó decir: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

En efecto, de Eva la humanidad recibió el fruto de la muerte, pero a través de la Santísima Virgen nos llegó el pan de vida, pues por voluntad de Dios, si no existiera María, no habría Eucaristía.

En el Santísimo Sacramento, los instintos de conservación y de sociabilidad son atendidos en su más elevada finalidad, porque fueron dados al hombre con vistas a alcanzar la íntima y perenne amistad con el Creador. Ahora bien, como afirma San Pedro Julián Eymard,¹ después de la unión hipostática, la unión eucarística es la más íntima y perfecta que podemos tener con Dios.

La alegría de una anfitriona que ofrece un banquete es que sus invitados se deleiten con los manjares que ha preparado hasta el punto de querer más. Así sucede con Nuestra Señora que, obedeciendo al mandato divino, nos preparó en su claustro virginal el pan de vida y el cáliz de la salvación. ✠



Nuestra Señora del Santísimo Sacramento -
Sacristía de la Basílica Papal de
Santa María la Mayor, Roma

Victor T.

*Si de una
comida
ofrecida por
el demonio
nos vinieron
todas nuestras
desgracias, la
réplica divina
vendría
también de
un sagrado
alimento,
ofrecido
por la más
sublime de
las criaturas*

¹ Cf. SAN PEDRO JULIÁN EYMARD. *Considerações espirituais: sacerdócio e vida cristã*. São Paulo: Cultor de Livros, 2020, p. 346.

Y bebieron el cáliz del Señor...

✠ P. Michel Six, EP



*Aquellos
que otrora
anduvieron
lejos de los
caminos
del Señor se
convirtieron
en ejemplos de
imitación suya
y columnas
de la Santa
Iglesia. ¿Cómo
sucedió esto?*

Una peculiar comitiva subía a Jerusalén: el Maestro a la cabeza y detrás de Él, temerosos, sus discípulos (cf. Mc 10, 32). Todos intuían que algo sublime estaba a punto de suceder, pero... incluso después de tres años con Jesús, los Apóstoles no se daban cuenta de la grandeza de su propia vocación y menos aún vislumbraban la inmensidad de aquel a quien seguían.

En el camino, el Señor es detenido por dos de sus discípulos: «Concedéndonos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda» (Mc 10, 37). Se trataba de una petición demasiado humana, impulsada por el deseo de la gloria de esta tierra...

Con divina paciencia, Jesús busca elevar las miras de aquellos discípulos livianos: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber, o bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?» (Mc 10, 38). «Podemos», contestaron. Y el Señor profetiza: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar» (Mc 10, 39).

Esta profecía se cumplió en cada uno de los Apóstoles. Sin embargo, al mismo tiempo que predecía el martirio de los suyos, el divino Maestro les mostraba que la Iglesia no se regiría por los dictámenes del mundo.

En efecto, si fuera para conseguir un trono de gloria terrenal, como pedían los dos apóstoles, nada mejor que agradar al mundo, a fin de ser aclamado por él. No obstante, lo que Jesús les ofrecía era su cáliz y su bautismo: el dolor. A través del sufrimiento el Señor salvaría nuestras almas. Y esa misión la legaría a sus discípulos, por tanto, a la propia Santa Iglesia.

Así entendemos por qué la misa de esta solemnidad comienza con la siguiente antífona: «Éstos son los hombres que, mientras estuvieron en la tierra, con su sangre plantaron la Iglesia: bebieron el cáliz del Señor y lograron ser amigos de Dios».¹

Convertidos en héroes por el Espíritu Santo, San Pedro y San Pablo, otrora pusilánime el primero y perseguidor el segundo, imitaron al Redentor y, cuales columnas, solidificaron la fundación de la Iglesia bebiendo hasta el final el cáliz del dolor y del martirio, así como predicando el bautismo.

A Pedro, el Maestro lo conoció en su vida terrena y lo sacó de la pesca, para que avanzara en las aguas más profundas del apostolado (cf. Mc 1, 16-18). A Pablo, lo contempló desde el Cielo aún como perseguidor, lo tiró al suelo y lo cegó para que recuperara no sólo la vista de los ojos, sino sobre todo la de su alma (cf. Hch 9, 1-22).

A ambos, el Señor unió en un mismo cáliz de dolor, por el martirio. Derramaron su propia sangre y se ofrecieron en holocausto, para dar testimonio de que en la Iglesia de Cristo se da hasta la vida, si fuera necesario, pero nunca se dejará de predicar las verdades del Evangelio para estar más en consonancia con el trono de falsa gloria que ofrece el mundo.

A ejemplo de ellos, se nos invita a recordar la esencia de la misión salvífica de la Iglesia, que es ante todo proclamar la verdad evangélica, luchando por la salvación de las almas. A nosotros nos corresponde «seguir en todo las enseñanzas de aquellos por quienes comenzó la difusión de la fe»,² como reza la oración colecta.

San Pedro y San Pablo, rogad por la Santa Iglesia. ✠

«San Pedro y San Pablo», de Masolino da Panicale - Museo de Arte de Filadelfia (Estados Unidos)

¹ SANTOS PEDRO Y PABLO, APÓSTOLES. Misa del día. Antífona de entrada. In: MISAL ROMANO. Texto unificado en lengua española. Edición típica aprobada por la CEE. 3.^a ed. Madrid: Libros Litúrgicos, 2020, p. 715.

² Idem, Oración colecta, p. 715.





El trébol que convirtió a una nación

El Antiguo Testamento oyó las sílabas de ese secreto divino sin, no obstante, escucharlo; tal es su sublimidad que ningún profeta fue digno de pronunciarlo, y sólo el propio Verbo de Dios pudo revelarlo: la Santísima Trinidad.

Desvelada en algunos de sus enigmas, esta realidad divina no ha perdido en absoluto la grandeza con que el misterio la exalta. Ni la pluma poética y profunda de San Agustín, ni la inteligencia amorosa e insaciable de Santo Tomás de Aquino, ni siglos de teología católica escudriñando el arcano por excelencia pudieron agotar su inmensidad.

Para los misioneros, en particular, la Trinidad era un arma de evangelización, pero también un obstáculo que había que superar. Una vez convencidos los paganos de que no existe una infinidad de dioses, sino solamente un único Dios verdadero, ¿cómo persuadirlos de que en Él hay tres personas?

San Patricio se encontró con ese problema y lo resolvió. No con las hojas doradas de la sabiduría humana iluminadas por la fe, sino con otro tipo de hojas, siempre verdes, que él y los bárbaros de la antigua Irlanda sabían leer.

En otro tiempo esclavo y poco instruido en las ciencias de los hombres, sabiendo del latín sólo lo suficiente para ejercer su ministerio, el obispo Patricio comenzó su apostolado en las aldeas costeras, pero tan pronto como pudo se adentró en la isla, dirigiéndose a los que ostenta-

ban el poder con el fin de obtener sin demora el mayor número de almas para el divino Maestro.

En la Pascua del 26 de marzo del 433, los druidas y los jefes tribales se reunieron en Tara. San Patricio se dirigió entonces al campo de batalla. Ante la corte y los principales del pueblo, se desarrolló el duelo entre el Dios Trino y las «divinidades» druidicas.

El primer enfrentamiento se saldó con una rotunda victoria del santo: le habían ofrecido una bebida envenenada, y su bendición fue suficiente para desparramar la ponzoña y la perfidia pagana por el suelo. Enseguida vino un segundo intercambio de vapuleos. El druida Lochru se elevó en el aire por la acción de los demonios... Patricio, lejos de exaltarse, se arrodilló, rezó e hizo que el soberbio cayera de golpe desde las alturas.

Como insistían en sus maleficios, les propuso la prueba del fuego. El druida Lucht Mael se sentó sobre una pira de leños y madera verde, y sobre otra, el cristiano Benigno, seguidor y compañero del santo. A continuación se invocó el fuego del cielo. La oración de Patricio transformó al hechicero en incienso para el Dios verdadero, y el discípulo regresó sano y salvo junto a su obispo.

La corte y todos los presentes se quedaron atónitos, y Patricio no perdió ni un segundo. Aprovechando la aplastante victoria sobre la idolatría, comenzó a predicar acerca de la Santísima Trinidad. Fue entonces

cuando cogió el libro teológico de verdes páginas que aquellos irlandeses sabían leer: un trébol de la pradera. Y mostrando que una sola planta puede tener tres hojas, enseñó cómo Dios puede ser Uno en la esencia y Trino en las personas.

La reina, tocada por un movimiento de la gracia —no podía ser de otro modo, ante un ejemplo tan simple y claudicante—, adhirió en ese mismo momento a la fe católica. Muchos de la corte y de los jefes de la tribu la siguieron, y autorizaron al santo misionero a recorrer libremente la isla y predicar la fe en la Santísima Trinidad.

Así, aquel día de Pascua marcó el nacimiento de la Irlanda católica. ✚



Gustavo Krahl

A través de un libro teológico de verdes páginas, San Patricio enseñó cómo Dios puede ser Uno en la esencia y Trino en las personas

San Patricio - Iglesia de Santa María, Waltham (Estados Unidos)



La encuadernación de las páginas de la historia



¿Qué es la historia? ¿Una sucesión caótica de acontecimientos? Para comprenderla, hemos de considerarla en función de su eje: la Santa Iglesia Católica.

✎ **Plinio Corrêa de Oliveira**

Una persona que esté estudiando historia en un determinado libro, considerando la Antigüedad —los egipcios, los pueblos caldeos y otras civilizaciones de otrora—, se topará con imperios que se desmoronan y situaciones que renacen. Al llegar a la última página, le pasará lo que siempre ocurre cuando se termina de leer un libro muy extenso, donde existe una secuencia de historias entrelazadas: la materia produce cierta impresión, que el lector espera se vuelva más definida y se transforme en pensamiento. Entonces surge una pregunta o incluso una idea dominante.

La persona se ve obligada a establecer un paralelismo entre el punto de llegada y el punto de partida, entre la Antigüedad y la historia de nuestros días. En un siguiente paso, se haría preguntas:

«Miles de millones de hombres han nacido y muerto; hay otros que están naciendo y muriendo. ¿Por qué nacieron y por qué morirán? La obra que realizaron en la tierra, ¿tiene alguna relación con el fin al que están destinados y con el origen del que provienen? ¿Tiene esa obra alguna continuidad?»

»¿Es posible afirmar que la historia no es un caos? ¿O hay algún factor que la transforma en un transcurso coherente de acontecimientos? ¿O, más bien, debemos considerarla como

una especie de arena en la que se han soltado millones de gatos salvajes que acaban despedazándose unos a otros, poniendo así fin a la situación?».

La existencia humana: ¿una noche en un bosque?

Empezaba a tener la impresión de que se trataba de un escenario donde los animales salvajes se destrozaban mutuamente, cuando alguien llamó mi atención sobre la situación en un bosque por la noche.

Particularmente, soy poco afecto al campo. Sin embargo, en mis escasos y furtivos contactos con el bosque —los

cuales, hay que decirlo, tuvieron lugar durante el día—, me pareció simpático, pues ofrecía dos cosas muy agradables: sombra y agua fresca.

Por la noche, no obstante, el bosque me parecía extraño, feo y oscuro. Si tenía algo de belleza, era sólo cuando un haz de luz de la luna incidía sobre las copas de los árboles. Desde dentro se oía de vez en cuando el trino o el ruido de algún animal asustado, lo que daba la impresión de que aquel era el reino del desorden, de las cosas como no deben ser, sombrías y siniestras. De todas formas, la floresta de noche no me interesaba.

Incluso un conocido me preguntó si yo había pensado alguna vez en el simbolismo de ese ruido nocturno... Para mi sorpresa, me contaba que durante la noche se producían sangrientos conflictos en los bosques: mientras unos animales duermen, otros los atacan y devoran. Según esa persona, la matanza allí es mucho mayor durante la noche que de día.

A la vista de esto, me preguntaba: ¿tendrá algún significado una noche forestal? ¿Tendría un orden común? ¿O se trata simplemente de una tragedia en la que unos caen de cansancio, otros agreden y otros huyen, en suma, un conjunto dispar de hechos?

¿Y la existencia humana? ¿Sería como pasar una gran noche en el bosque? ¿O sería simplemente una tragedia por la que todos hemos de atravesar y luego desaparecer?



¿La vida sería como una gran noche en el bosque, por la que todos han de pasar y luego desaparecer?

Anochecer en un bosque de Dülmen (Alemania)

Dietmar Rabich (CC by-sa 4.0)



Una historia estudiada sin tener en cuenta la filosofía que la explica es acientífica; es la historia superficial que se enseña en el colegio

De izquierda a derecha: «Pirámides de Giza y esfinge», de Gustav W. Seitz; «La caída de Babilonia», de John Martin; «La batalla de Maratón», de Hermann Knackfuss

Fotos: Reproducción

La necesidad de una filosofía de la historia

¿Por qué esta larga disertación? Para demostrar un hecho de capital importancia para nuestro punto de vista: no es posible estudiar historia sin tratar de hacer una filosofía de la historia. Y no es posible hacer filosofía de la historia sin intentar responder a esta cuestión: ¿cuál es su origen, su medio y su fin?

Imagínense un avión en el que viaja un grupo de personas cuyos recuerdos han sido sacudidos y que de repente se dan cuenta, sorprendidas, de que están navegando por los aires. En cuanto perciben que se desplazan por el espacio, empiezan a hacerse una serie de preguntas: «¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Cuándo y adónde llegaremos?».

Espíritus más prácticos preguntarían: «¿Cómo se mueve esto? ¿Hay que hacer algo para que este vehículo se mueva?». Algunos podrían sentirse mal durante el trayecto, lo que constituiría un doble problema, el de la navegación —cómo llegar al final— y el de recuperarse de la dolencia que padecen: «Hasta que no lleguemos, ¿qué hago?». En cualquier caso, existen necesidades contingentes antes de que concluya el viaje: hay que comer, beber, dormir, etc.

Supongamos que hubiera un quinto factor: el enemigo. Es decir, en un momento dado se percatan de que existe un enemigo dentro del avión que está conspirando para que la nave sufra un horrible desastre. Así que hay que neutralizarlo.

Los problemas de la filosofía de la historia están bien representados en esa imagen. En efecto, la historia es-

tudiada sin tener en cuenta la filosofía que la explica es completamente acientífica. Ahora bien, es esa historia superficial la que comúnmente aprendemos en el colegio, donde encaja la tesis, que nos enseñan, del llamado evolucionismo histórico.

En el principio, ieran los egipcios!

Los profesores suelen explicar, infundadamente, que es imposible rastrear el origen del pueblo egipcio, perdidos en las brumas de la historia. Para tales docentes, nadie sabe cuál fue el primer paso en el largo caminar de la humanidad en esta tierra.

A uno de ellos se le pregunta: «¿Por qué empieza el estudio de la historia con los egipcios, cuando hay tantas prehistorias?». Y en lugar de responder como San Juan al comienzo de su evangelio: «En el principio era el Verbo», la mayoría de los profesores dirá: «En el principio eran los egipcios».

A continuación, aparecen los caldeos —¿por qué no los etíopes?—, y sale la historia como la conocemos: la guerra entre griegos y persas, con derecho a gestos de heroísmo de los primeros, que muchos profesores consideran formidables, etc. Se memoriza aquello mecánicamente y surge la duda: ¿por qué pelearon los griegos contra los persas? ¿Por qué los caldeos lucharon con Egipto? Nadie lo explica de forma convincente.

De repente, en la secuencia de la narración histórica, despunta una pequeña luz que, para nuestros profesores comunes y corrientes, no ilumina nada; únicamente los más osados mencionan

el nacimiento de Jesucristo en Galilea. Y eso es todo.

El universo y la historia

Sin embargo, para nosotros los católicos es imposible tener una concepción de la filosofía de la historia que haga abstracción de Dios y de la religión católica. Sólo en Él encontraremos las respuestas adecuadas a las preguntas que he planteado más arriba.

En primer lugar, porque la historia es un elemento vivo y valioso de la creación, obra de Dios, nuestro Señor. En efecto, al hacer un acto de fe en el hecho de que Dios es el Autor del universo, incluimos la historia humana en la noción de universo, y no solamente la consideración estática del mundo. Hemos de considerarlo de forma dinámica.

A medida que los pueblos viven y se desarrollan, si lo hacen según el orden establecido por la Providencia y el orden de la gracia, crecerán también sus perfecciones. Hay en ellos grandezas nuevas que florecerán: es una manera de glorificar a Dios. Con esto se verifica en la historia misma una especie de manifestación particular y más directa de la magnificencia divina.

Así, cuando consideramos la creación en relación con el Creador, no sólo podemos decir que «el lirio canta la gloria de Dios», «la inteligencia de un hombre como Santo Tomás canta la gloria de Dios», sino también que la propia historia de los pueblos cristianos, como proceso que hace que las naciones se eleven en el orden de la gracia o, si rompen con el Señor, sean

castigadas y degradadas, glorifica a Dios de un modo especial.

El florecimiento o la decadencia de los pueblos dependen de la Iglesia

En segundo lugar, debemos considerar a la Iglesia como el centro de la historia y de ese caminar de los pueblos. No podemos negarlo, ya que el acontecimiento clave y central de toda la vida de la humanidad es la Encarnación del Verbo, la Redención y la fundación de la Santa Iglesia.

Consideremos también que el orden humano y el orden natural tienen su expresión perfecta en el decálogo. Ahora bien, sólo el que está en la Iglesia conoce los diez mandamientos y los interpreta correctamente; sólo el que pertenece a la Iglesia tiene la plenitud de la gracia para practicarlos. Por consiguiente, el orden humano perfecto sólo se alcanza en la Iglesia, y lo hacen aquellos que se unen a ella muy estrechamente. De manera que ella es verdaderamente el

árbol de la vida plantado en el centro de la historia. Todo pueblo que se acerca a ella florece; y todo el que se distancia de ella decae.

Aunque sea por otras razones de índole meramente natural, dejando a un lado los aspectos sobrenaturales del tema —la importancia capital de la Redención, de los diez mandamientos, etc.—, llegaremos a la misma conclusión ineludible.

El vínculo que une todas las épocas históricas

Descendamos al ámbito de la vida corriente. Supongamos que en la habitación de un hotel una pareja inicia una pelea. Como resultado de la riña, ambos se separan y esa noche es una tragedia. Al día siguiente, después de que la pareja se marcha, se hospeda en la habitación un sacerdote bueno, puro, bien-intencionado; reza su breviario, hace sus oraciones de la noche y duerme con toda paz de conciencia. ¿Tienen estos dos acontecimientos un vínculo histórico entre sí? No, porque los agentes son diferentes: la pareja es uno, el sacerdote es otro. Ni siquiera se conocen; sus acciones no tienen la mínima relación unas con las otras. Alguien me dirá que esos hechos forman parte de la «historia de la habitación». Pero eso será sólo por analogía.

Así como la encuadernación de un libro, la Iglesia Católica es el único vínculo que une todas las épocas y coordina la historia universal

El Dr. Plinio en 1992; de fondo, el evangelario de la basílica de Nuestra Señora del Rosario - Caieiras (Brasil)

Ahora bien, en la historia de los hombres, para que hubiera continuidad, tendría que haber también una continuidad de la humanidad. No obstante, los hombres nunca han constituido una única sociedad: muchos pueblos no se conocieron, nunca tuvieron contacto entre sí, y frecuentemente vivían en la más profunda ignorancia de la existencia de los otros. Basta recordar, por ejemplo, a los aztecas y a los chinos, civilizaciones que durante siglos se desarrollaron muy alejadas una de otra.

La humanidad, por tanto, considerada sólo en sí misma, no forma un todo ni es de hecho una sociedad. Es más bien un conglomerado heterogéneo de hombres, y sólo con esto no se hace historia.

Para que hubiera unidad en la historia del mundo, tendría que haber una institución que la recorriera de principio a fin: sería una especie de «portadora de la historia». ¿Ha existido alguna institución que haya recorrido la vida de los hombres sobre la tierra de punta a punta?

Es históricamente demostrable que la sinagoga se remonta a los orígenes patriarcales del pueblo hebreo; y está demostrado igualmente que la Iglesia Católica constituye una prolongación de la sinagoga. Tiene, por consiguiente, la continuidad de toda la historia del mundo, casi desde el comienzo hasta nuestros días; y es de suponer que llegará hasta el fin de los siglos.

Así pues, la Iglesia Católica es el único hilo conductor, el centro que coordina la historia universal. Por ello, es el vínculo que une todas las épocas; es a la historia más o menos lo que la encuadernación a las páginas de un libro. La encuadernación de las páginas de la historia es la Iglesia Católica. ✚

Extraído, con adaptaciones, de: *Dr. Plinio*.
São Paulo. Año I.
N.º 1 (abr, 1998),
pp. 16-19.



Archivo Revista

Thiago Tamura





Llamados a juzgar con Cristo

«**N**o juzguéis, para que no seáis juzgados» (Mt 7, 1). Nadie niega esta máxima enseñada por el divino Maestro. Sin embargo, el mismo Señor prometió a quienes le siguieran que se sentarían en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (cf. Mt 19, 28). ¿Hay contradicción en esto? Evidentemente que no. Entonces, ¿en qué consiste ese «seguir a Cristo» que otorga a los hombres el poder de juzgar junto al propio Dios?

El Doctor Angélico analiza la cuestión,¹ aclarando en primer lugar las distintas acepciones del término *juzgar*. Según explica, se puede juzgar por comparación, por interpretación o por semejanza. Consideremos cada una de estas modalidades.

Por *comparación*, algunos hombres juzgan a otros al demostrar, por su conducta, que son dignos de juicio. Es lo que se desprende de la invectiva del divino Maestro a sus contemporáneos cuando les puso el ejemplo de los habitantes de la ciudad de Nínive, los cuales se habían arrepentido de sus faltas al oír las palabras de un profeta, mientras que Israel, que presenciaba los milagros del Mesías, se obstinaba en sus errores: «Los hombres de Nínive se alzarán en el juicio contra esta generación y harán que la condenen; porque ellos se convirtieron con la proclamación de Jonás,

y aquí hay uno que es más que Jonás» (Lc 11, 32). Pero este tipo de juicio es común a los buenos y a los malos y, por consiguiente, no se aplica a la promesa hecha por el Señor.

Juzga por *interpretación* el que consiente la sentencia del juez y que, por tanto, al aprobar la decisión de éste, participa de ella. Tal juicio será propio de todos los elegidos, pues los malos nunca asentarán los actos de Jesucristo.

Y por *semejanza* juzgarán aquellos que, elevados por encima de los demás hombres y sentados junto al del supremo Juez, se asemejarán a Él al recibir la honrosa potestad judicial de asesorarlo, al igual que en los tribunales humanos los asesores del juez comparten su autoridad. Éstos, según lo interpreta Santo Tomás, serán varones santos que, el día del Juicio final, saldrán al encuentro de Cristo por los aires (cf. 1 Tes 4, 17). Hermoso y misterioso anuncio que, sin embargo, no cumple del todo las exigencias de la promesa contenida en el Evangelio... En efecto, en ésta el Señor añade, al honor de sentarse a su lado, la facultad efectiva de juzgar: «Os sentaréis [...] para juzgar» (Mt 19, 28).

A continuación, el Aquinate presenta un cuarto modo de juzgar, «el que convendrá a los varones perfectos, en cuanto en ellos se contienen los decretos de la divina justicia, según los que los hombres serán juzgados»². Podrían llamarse libros vivos o, por así decirlo, varones-ley, pues transcribieron en las páginas de sus corazones lo que contemplaron de la palabra de vida.

Desde esta perspectiva, los varones perfectos son aquellos que han asimilado en todo la voluntad y las enseñanzas divinas, siguiendo a Cristo hasta el punto de hacerlo vivir en ellos, como dice el Apóstol: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20). Serán conjuces, a quienes Dios les descubrirá los secretos de su corazón, permitiéndoles revelar, en el momento oportuno, la sentencia pronunciada por el Altísimo y grabada en sus almas. ✠

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. Suppl., q. 89, a. 1.

² *Idem, ibidem*.

Los varones perfectos, que contienen los decretos de la justicia divina, serán conjuces con Cristo el último día

Detalle de «El Juicio final», de Giotto di Bondone – Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)





Guías en los caminos de Dios

Llamados a realizar una misión que les supera con creces, objetos de un designio divino especial, son a menudo incomprendidos, aislados e incluso perseguidos; he ahí a los varones providenciales, elegidos por Dios para indicarle el rumbo firme y seguro a la humanidad.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

En toda casa religiosa bien organizada existe una figura poco percibida, pero cuán indispensable: la del proveedor. ¿En qué consiste su oficio? En abastecer a la comunidad de todo lo necesario para su subsistencia: víveres, utensilios, despensas. Es el «hombre de la providencia», que se encarga de administrar el patrimonio de tal manera que a nadie le falte de nada. Su tarea es tan importante que una comunidad no puede vivir sin él.

La palabra *providencia* viene del latín *providere*, es decir, proveer. Y la Divina Providencia es el título que le damos a Dios en cuanto que tiene su Corazón abierto a las necesidades de las criaturas y procura darles todo de lo que carecen.

Por acción de la Providencia divina todos existimos y no nos falta ni agua ni alimento. En este sentido, el Señor advierte: si hasta los pájaros tienen su sustento y las plantas los medios para crecer, ¿por qué el Padre celestial abandonaría a los hombres (cf. Mt 6, 26-32)? Basta con tener confianza y Él proveerá.

Ahora bien, en general, Dios no ejerce su Providencia de forma directa, sino que, tanto en el orden de la naturaleza como, sobre todo, en el orden sobrenatural, prefiere realizar sus obras a través de otros seres.

Por ejemplo, podía saciar el apetito de un pobre transformando una piedra tosca en un auténtico festín; sin embargo, quiere la limosna del rico, de modo que éste sea su intermediario en ese beneficio. A un enfermo que se siente indispuesto, que tiene dolores o dificultad para dormir por la noche, no lo cura directamente, sino que deja que lo haga el médico, que le dará la medicina adecuada. A otro, al que le gustaría aprender muchas cosas, en lugar de instruirlo personalmente, prefiere que haya un instrumento humano llamado maestro.

Guías para indicarle el rumbo a la humanidad

En lo que se refiere a la acción divina en la historia, hay ciertas gracias que, a pesar de haber sido conquistadas por Nuestro Señor Jesucristo como cabeza del Cuerpo Místico, Dios las reserva para las almas en función de la colaboración de determinados hombres providenciales con la Redención. El Creador ha preparado desde toda la eternidad el enorme y deslumbrante reguero de funciones, gracias, vocaciones y estilos que deben desarrollarse a lo largo de los siglos, de manera que, especialmente en situaciones de degeneración, en las que su pueblo se encuentra bajo tremenda opresión, suscita héroes, profetas y fundadores de órdenes religiosas y los

envía para indicarle a la humanidad el rumbo firme y seguro.

En la Antigüedad, Dios libró a la tierra de la destrucción del diluvio en consideración a un único hombre, y gracias a él la especie humana siguió existiendo. Noé fue un varón escogido por la Divina Providencia, la bandera más alta que ella ha levantado, una prefigura de las que vendrían a lo largo de la historia, el estandarte que contenía todos los demás estandartes del futuro.

Recibió la inspiración y la orden de construir el arca bendita para salvar al mundo del naufragio. Y así como en el arca material se recogió cuanto había de bueno creado por Dios y que habría perecido en el diluvio, así también en el alma de Noé fue bendecido espiritualmente todo el género humano refugiado con él.

Más tarde, Dios elige a Moisés, a la edad de 80 años, para salvar a su pueblo de la tiranía del faraón. En los signos y plagas que afligieron entonces a Egipto, vemos la omnipotencia de Dios inclinándose sobre su profeta. Al llegar a la orilla del mar Rojo, le basta con levantar su cayado para que las aguas se separen, formando dos enormes murallas. Seiscientos mil hombres, sin contar mujeres y niños, cruzan a pie enjuto por el fondo del mar, mientras que, también por orden



Fotos: Reproducción

Dios revela su voluntad en el corazón de sus elegidos, hombres modelos cuya misión es la de guiar a la humanidad según los designios divinos y que, para ello, son constituidos en canales de la gracia por el Altísimo

De izquierda a derecha: Noé, Moisés y David, de Lorenzo Monaco - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York; San Elías, de Andrea di Bonaiuto - Iglesia de Santa María del Carmen, Florencia (Italia)

suya, el ejército egipcio, con sus caballos, carros, jinetes, oficiales y el propio rey, es engullido por las olas.

¡Cuántos milagros, cuánto poder! Durante cuarenta años el brazo de Dios lo sostiene y hace que caiga maná del cielo, que aparezcan codornices en el desierto, que brote agua de la roca... Y cuando doscientos cincuenta rebeldes —liderados por Coré, Datán y Abirón— deciden sublevarse contra su profetismo, ordena que la tierra se abra y los consume con todo lo que poseían.

En todos estos hechos, Dios podría, si quisiera, dar las órdenes Él mismo, pero opta por entrar en asociación con Moisés: permite que su elegido participe de sus poderes, de modo que tenga la fuerza que Él mismo manifestaría actuando directamente. Hasta tal punto que, cuando anhela algo, el Altísimo revela su voluntad en el corazón de su elegido, y entonces basta un solo deseo suyo para que la voluntad divina se cumpla. Esto queda particularmente demostrado cuando el pueblo cayó en la idolatría y Moisés intercedió por él, implorándole a Dios que se compadeciera y no lo destruyera. El Señor se lo concedió, aunque antes hubiera decretado que lo exterminaría y le daría al profeta otro pueblo.

Y, de este modo, en el Antiguo Testamento, Dios envió hombres modelos y

guías, varones de fuego como Samuel, Elías, David —quien reunía en sí la realeza y el profetismo— y muchos otros, a través de los cuales les indicaba el verdadero camino.

En el nuevo régimen de la gracia, la Santa Iglesia ha continuado siendo asistida siempre por profetas. Dios ha permanecido cerca de nosotros mediante el ejemplo vivo de los santos: desde San Juan Bautista y los Apóstoles, pasando luego por San Agustín, San Benito, San Bernardo, San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán, hasta San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús. Más recientemente, encontramos a San Luis Grignon de Montfort, hombre extraordinario, de una devoción mariana sin igual, cuyas obras escritas nos muestran en profundidad y de forma magnífica quién es la Santísima Virgen. Y así podríamos multiplicar los ejemplos.

Características del hombre providencial

Ahora bien, ¿cuáles son las características del hombre providencial?

Primero, observamos que, por lo general, Dios le exige que realice una tarea tan grande que le supera. Su talla humana suele ser desproporcionada en relación con su misión.

En segundo lugar —y éste es el punto que más lo define, pues se trata de un

aspecto sobrenatural—, se convierte en canal de gracias. Por lo tanto, es un craso error tratar de encontrar en las capacidades naturales la providencialidad de uno de estos elegidos, ya que ésta viene de Dios y no del hombre. Si una «gota» de gracia vale más que todo el universo creado, como afirma Santo Tomás de Aquino,¹ evidentemente la acción sobrenatural en ese varón debe ser mayor que su naturaleza.

Hay una tercera cualidad: su existencia sólo tiene sentido en el cumplimiento de la misión para la que fue destinado. Si la abandona, «perderá su sabor» y se le podrán aplicar las palabras del Señor: «No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente» (Mt 5, 13).

El cuarto rasgo distintivo del hombre providencial es el de tener, por una acción de la gracia en su alma, el entendimiento, la apetencia y la sensibilidad para llevar a cabo una determinada misión. Por mucho que otros, carentes de ese llamamiento, hagan esfuerzos humanos o sobrehumanos por imitarlo, de nada les servirá, porque no lo conseguirán.

A parte de estas características, existe una quinta, más imponderable, que marca a este elegido: la transparencia de la predestinación. Desde el principio, a veces todavía en la cuna o en el regazo materno, se percibe en él

un factor inusual que lo separa y distinga de los demás.

El divino Modelo

Este último rasgo lo encontramos en grado supereminente en el Niño Jesús. Debía ser dulce, buenísimo, pero al mismo tiempo serio y grave, diferente a todos los chiquillos de su edad. Tenía que causar admiración en las personas con las que trataba, porque sabemos por el Evangelio que asombró a los doctores en el Templo, dejándolos boquiabiertos ante su sabiduría (cf. Lc 2, 47).

A medida que el Señor iba creciendo en edad, su alma noble, tierna, fuerte, en una palabra, perfectísima, alma que estaba en la visión beatífica, se reflejaba en el exterior, irradiando en su fisonomía, sus gestos, sus actitudes y sobre todo su cuerpo, el esplendor que poseía.

¿Qué decir entonces de la belleza dominante, cúspide, pináculo de

Nuestro Señor Jesucristo a la edad de 30 años? De Él se había anunciado que sería el más bello de entre los hijos de los hombres (cf. Sal 44, 3). Nunca hubo ni habrá un hombre más bello en todo el orden de la creación.

No obstante, ¿cómo se explica que pasara desapercibido en Nazaret? ¿Cómo es posible que vecinos, amigos y parientes no descubrieran en el Señor al hombre providencial? Ciertamente, era un orador como nunca existió en Israel. Pero, aun así, ¿qué le importaba eso a sus conciudadanos? Dice el Evangelio que éstos comentaban: «Es uno de nosotros. ¡Su padre es carpintero!» (cf. Mt 13, 55-56). ¿Cómo no reconocieron en Él al Mesías? ¿Cómo no vieron el brillo de su divinidad?

Assueta vilescent, se dice en latín. Desgraciadamente, el ser humano se acostumbra a todo; y las cosas extraordinarias, cuando se vuelven rutinarias, acaban por desgastarse ante nuestros ojos, hasta que en determinado momento nos parecen vulgares.

Y en el caso del Señor, el plan divino requería que pasara el largo espacio de treinta años sin que se le

diferenciara de la gente corriente. Se podría decir: «Era un hombre incomprendido». Sí, el Incomprendido por excelencia, con I mayúscula, lo fue Él. Además de contradecir las desviaciones y errores de su tiempo, mostrándose como lo opuesto a las convicciones de aquellas personas, trajo una doctrina nueva dotada de poder (cf. Mc 1, 27), completamente inimaginable para sus contemporáneos: «Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11).

Incomprendidos, aislados, perseguidos... ¡pero victoriosos!

He aquí la sexta característica del hombre providencial, difícilmente aceptada por la mentalidad moderna, siempre propensa a resolver los problemas de forma mágica, sin contratiempos: la de ser, en cuanto una repetición del Hombre-Dios, incomprendido por los suyos.

Cuántas veces no habremos visto esto en la historia, incluso en el ámbito natural. En el mundo del arte, por ejemplo, en un momento dado aparece un Mozart, un talento verdaderamente genial, cuyas composiciones represen-

El Señor es el divino Modelo de los hombres providenciales: a pesar de causar admiración en quienes lo escuchaban, fue incomprendido y odiado por contradecir los errores de su tiempo y por traer una doctrina nueva, dotada de poder.

El Niño Jesús entre los doctores de la ley - Iglesia de Santiago, Amberes (Bélgica); en el destacado, Jesús ante el sanedrín, de Giusto de Menabuoi - Baptisterio de San Juan Bautista, Padua (Italia)



taron una evolución en la música al superar el estilo clásico y apuntar ya hacia algunas vertientes románticas, que vendrían poco después. Sin embargo, sus contemporáneos no siempre lo aceptaron, pues los esquemas artísticos de la época no toleraban modificaciones. Por eso murió casi en la miseria, y a su entierro, de tercera categoría, sólo asistió un puñado de amigos.

Ahora bien, en el terreno sobrenatural, los hombres providenciales han venido aportando algo enteramente insólito e indicando un rumbo a veces contrario a la opinión unánime formada por la sociedad de su época. ¡Y por eso impactan!

Como consecuencia, pasarán a menudo por terribles apuros, los cuales harán de ellos hombres despreciados, perseguidos y calumniados, cuya situación tendrá las apariencias de un desastre incluso para ellos mismos, con la impresión de que todo se les derrumbará encima.

En esos momentos el demonio, que, como dice San Pedro, ronda a nuestro alrededor como un león, buscando a quien devorar (cf. 1 Pe 5, 8), tratará de aumentar la tentación, hasta el punto de llegar al absurdo de que la propia vocación le parezca incomprensible.

Pero si, entregado a una causa grandiosa, el varón providencial permanece fiel y confía, entonces la Providencia lo levantará, infundiéndole ánimo y haciéndolo vencedor. Eso es lo que le sucedió al Señor: el Hijo unigénito de Dios fue traicionado, martirizado, crucificado; pero la cruz, instrumento de su muerte y símbolo de ignominia, se convirtió en la medida para la historia, objeto de distinción y de gloria, incrustado en lo alto de todas las coronas, de todas las torres, de todas las catedrales.



Mario Shinoda

También en el siglo xx, cuando el proceso revolucionario había alcanzado un auge, hubo un hombre enviado por la Providencia para ocuparse del rumbo y la buena orientación de los hombres

El Dr. Plinio y Mons. João en febrero de 1990

El hombre providencial para el siglo xx

Si la Providencia obró así por una elevada razón de sabiduría, queriendo toda la gloria para Nuestro Señor Jesucristo, deseaba, al mismo tiempo, poner a prueba a cuantos tuvieron contacto con Él, exigiéndoles la delicadeza de atención para ver que allí había alguien más importante que cualquier otro hombre.

¿Y acaso, en relación con los modelos extraordinarios enviados por Dios para guiar los pasos de la humanidad, no les permitirá la Providencia también a aquellos con quienes conviven pasar por esta misma prueba, para tantear su generosidad y luego recompensar su amor?

También en el siglo xx, cuando el proceso revolucionario había alcanzado un auge, hubo un hombre enviado por la Providencia para ocuparse del rumbo y la buena orientación de los hombres: Plinio Corrêa de Oliveira.

Reconstruyendo mi primer encuentro con él, recuerdo que —sin saber aplicar los términos— vi en él a un

profeta, a un hombre providencial llamado a cambiar el curso de la historia. Esto correspondía a mis anhelos y a los toques místicos de la gracia en el sentido de dar con alguien que transformaría el mundo. Y tenía la certeza de que debía servir a ese hombre y seguir ese camino hasta el final.

¿Cuál fue ese final?

Un futuro feliz en la tierra, no lo hubo para él; más bien, le sobrevinieron amarguras, aislamiento y el silencio... Pero, mirando atrás, no me arrepiento de haberlo seguido a pesar de tantas contrariedades, pues es seguro que con su fidelidad compró gracias reservadas al Reino de María y al triunfo de su Inmaculado Corazón. ✠

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1991 y 2009.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 113, a. 9, ad 2.

Llamamientos providenciales – Carlomagno

Espada y escudo de la cristiandad

De una suma de factores providenciales se constituyó un vasto imperio, cuyo sabio monarca fue quizá el más grande que la historia haya conocido.

✠ João Paulo de Oliveira Bueno



Reproducción

Era el año 800 de la gracia. Ante la multitud que se apiña en la basílica de San Pedro, el venerable y augusto pontífice San León III toma una corona de oro en sus manos, la diadema imperial, y la coloca sobre la cabeza del rey de los francos, que a partir de entonces será emperador. En ese momento, bajo las bendiciones de la Iglesia, el Imperio romano de Occidente se restablece en la persona de Carlomagno.

El perfil del monarca es imponente. De cuerpo robusto y alta estatura, posee un andar seguro y gestos varoniles. Su expresión fisonómica es alegre y ligeramente sonriente; su mirada, viva. El conjunto, señala su biógrafo, da una fuerte impresión de autoridad y dignidad.¹

Todos los fieles romanos, agradecidos por la heroica protección y devoción con que el gran rey amparó constantemente a la sede apostólica y al vicario de Cristo, se unen en una aclamación que hace estremecer las bóvedas del templo y suena como un trueno: «A Carlos, piadosísimo, augusto, coronado por Dios, al grande, al pacífico emperador, ¡vida y victoria!».²

Pero ¿cómo había alcanzado este grandioso monarca una posición tan eminente? Para comprenderlo, debe-

mos analizar los acontecimientos que precedieron a su época.

De merovingios a carolingios

Los siglos que se siguieron al bautismo de Clodoveo, rey de los francos, presenciaron el debilitamiento de la dinastía merovingia.³ Exhaustos e impotentes, los últimos soberanos de este célebre linaje, sugerentemente apodados *fainéants*, es decir, holgazanes, no son ya más que símbolos, usados de forma artificial. Mientras tanto, crece el poder de las grandes familias de la aristocracia franca, entre las que destacaba la influyente figura de los *maires du palais* —alcaldes o mayordomos de palacio—, auténticos virreyes. El fenómeno se repite en las cinco regiones en las que se había dividido el reino franco entre los siglos VI y VII: Austrasia, Neustria, Borgoña, Aquitania y Provenza.

A finales del siglo VII, la mayordomía de Austrasia pasó al cuidado de Pipino de Heristal, de la dinastía pipínida, que fue distinguido con el título de duque. Es él quien unifica Austrasia, Neustria y Borgoña, y mantiene este enorme dominio hasta su muerte, en el 714.

Carlos, apodado Martel, sucede a Pipino de Heristal, su padre. Vencedor en el Rin, en Neustria y en Aquitania, el valiente guerrero brillará especial-

mente por su victoria sobre los musulmanes de Ab al-Rahman en Poitiers, en el año 732. «De este héroe —asegura Gobry— surgió toda la dinastía carolingia, que debe su nombre tanto a Carlos Martel como a Carlomagno».⁴

A Carlos Martel le suceden dos de sus hijos: Pipino el Breve, que recibe Neustria, Borgoña y Provenza, y Carlomán, que hereda Austrasia, Alamania y Turingia. En esa época, prácticamente todos los reinos francos estaban ya en manos de los pipínidas, que ejercían como *maire du palais*.

Sin embargo, Carlomán decide abandonar el siglo y confiar sus estados a su hermano para convertirse en monje benedictino en Montecassino. Por lo tanto, Pipino «reina» en solitario sobre los francos. La dinastía merovingia se encuentra en sus últimos días. Le corresponderá al papa San Zacarías la última palabra: «¿A quién es más justo darle el nombre de rey —le preguntan—, a quien tiene la autoridad real sólo de nombre o a quien la posee sin nombre?». Y responde el pontífice: «Es justo y razonable que quien posee la omnipotencia real tenga también el nombre de rey».⁵

Así pues, en el 751 la dinastía de los descendientes de Clodoveo dejó definitivamente de imperar. En adelante reinarían los carolingios.

Nacimiento de los Estados Pontificios

La devota relación que se establecería más tarde entre Carlomagno y los pontífices romanos se fundaba en una serie de acontecimientos que tuvieron lugar durante el reinado de su padre, Pipino el Breve.

Pocos años después de la consagración del primer rey carolingio, los lombardos, bajo el mando de Astolfo, rey de Pavia, toman Rávena y apuntan a Roma. El papa Esteban II, al verse en peligro, recurre al nuevo rey de los francos. En el 753, para huir de la amenaza lombarda, abandona la Ciudad Eterna y se dirige a Francia, donde «el joven Carlos —futuro Carlomagno—, en representación de su padre, recibe al ilustre visitante».⁶

En el 756, en la segunda incursión contra Astolfo, surgen los Estados Pontificios —Roma, Perugia y Rávena, a los que luego se unió Comacchio— que, conquistados por Pipino y donados al Papa, perdurarían durante más de diez siglos.

Carlomagno a la cabeza del reino

Tras la muerte de Pipino el Breve, en el 768, el reino franco se dividió entre Carlomagno y Carlomán, su hermano menor. Pero la repartición dura solamente tres años. En el 771 fallece Carlomán y Carlomagno reina solo.

De este modo, de una suma de factores providenciales, un vasto reino, que luego se convertiría en un inmenso imperio, queda bajo el gobierno de un sabio monarca. ¿Cuál sería la primera medida de Carlomagno? Como siempre se manifestará a lo largo de su reinado, su atención se centra en los inte-

reses de la Iglesia. Reanuda las guerras contra los lombardos, adversarios de Roma, y sitia la ciudad de Pavia.

Se acercan los días de la Semana Santa del 774 y el final del asedio, que ya dura seis meses, aún no se vislumbra. Carlomagno, que preside personalmente el cerco a la ciudad italiana bajo posesión lombarda, decide celebrar la Pascua en Roma, junto al venerable sucesor de Pedro.

Así, acompañado de cierto número de obispos, abades, duques y condes, y escoltado por una tropa de caballeros, el monarca parte hacia la Ciudad Eter-

palmas o ramas de olivo en las manos y cantando himnos de júbilo, abordaron al rey e hicieron que el aire retumbara con sus aclamaciones triunfales. Este piadoso y conmovedor cortejo era seguido de cruces procesionales, de todo el clero y de fieles de varias parroquias de Roma, como era costumbre en las recepciones oficiales a los patricios».⁷

Una relación profunda y sobrenatural

La última parte del trayecto, el rey y su séquito la hacen a pie. Ante la basílica de San Pedro, en cuyo pórtico le espera el santo pontífice «rodeado de su senado sacerdotal»,⁸ Carlomagno decide subir la escalera de rodillas. Y así lo hace, besando cada peldaño.

Una vez concluido ese ademán de humilde veneración, he ahí que a los pies del vicario de Cristo se halla el que un día sería el mayor emperador de la cristiandad. Se sigue un gesto simbólico: el rey y el Papa se abrazan calurosamente y, cogido el monarca de la mano derecha del pontífice, entran, bajo las aclamaciones de «Bendito el que viene en nombre del Señor», en el recinto sagrado, donde «el santísimo Papa y el excelentísimo rey juran mutuamente alianza y fi-

delidad sobre el cuerpo del príncipe de los Apóstoles».⁹ Entre San Adrián I y Carlomagno se establece una relación profunda y sobrenatural. La correspondencia entre ambos nos permite ver sentimientos incomparablemente superiores a los intereses políticos, a los que muchos historiadores atribuyen esa amistad.

¿Qué puede haber más representativo de la perfección de la sociedad



Entre Carlomagno y los romanos pontífices se estableció una devota relación, fundada previamente por Pipino el Breve y sellada por un juramento de alianza y fidelidad

«La coronación de Carlomagno», de Friedrich Kaulbach - Maximilianeum, Múnich (Alemania). En la página anterior, «El emperador Carlomagno», de Alberto Durero - Museo Nacional Germano, Núremberg (Alemania)

na a través de la provincia de Toscana. Todavía a treinta millas de su destino, la comitiva franca se topa con las banderas desplegadas de todo el ejército romano que, enviado por el papa San Adriano I para recibir al honorable defensor de la cristiandad, sale a su encuentro. La alegría general es indescriptible.

«A una milla de Roma —escribe Darras—, todas las escuelas encabezadas por sus maestros, los niños con



En muchos aspectos, Carlos merecía el epíteto de Magno: desde su valentía en el campo de batalla y su filial devoción a la Santa Iglesia...

«Carlomagno en Paderborn», de Ary Scheffer - Palacio de Versalles (Francia)

Carlomagno era incluso teólogo, y se esforzó por combatir herejías como la iconoclasia. Sus *Libri carolini* —Libros carolingios—, escritos en gran parte por él mismo, constituyen una refutación tan sólida como completa del error iconoclasta.¹¹

Excelente servicio a la causa de la cultura cristiana

Una antigua calumnia retrata a Carlomagno como analfabeto, incapaz de firmar con su propio nombre. Nada más falso, sobre todo tratándose de un hombre del que se origina un verdadero renacimiento cultural en medio de las tinieblas de la ignorancia y la barbarie.

En efecto, Carlomagno era muy culto. Conocía perfectamente su lengua —incluso había empezado a escribir una gramática—, además de latín y griego, que entendía aunque no lo hablara. Durante sus comidas, se deleitaba escuchando la lectura de la *Ciudad de Dios* de San Agustín.¹² Además, no le faltaba talento poético y musical, siempre aliado a una gran piedad. La liturgia católica le debe, probablemente, a la pluma del emperador uno de sus himnos más bellos: *Veni Creator Spiritus*.¹³

Con Carlomagno se inauguraba una época que se conocería como *Renacimiento carolingio*. El emperador «prestó un excelente servicio a la causa de la cultura cristiana con sus capitulares educativos, en los que insistía en la importancia de un alto nivel de precisión en la copia de manuscritos y en la corrección de textos». ¹⁴ Además «dio un fuerte impulso a la educación y a las artes, solicitando el concurso de los obispos para organizar escuelas en torno a sus

humana que esta escena, en la que la Santa Iglesia acoge afectuosamente al gobierno temporal y éste le rinde los más extremos homenajes de amor y sumisión? Podemos afirmar sin vacilación que en aquella época la cristiandad podía vislumbrar el establecimiento de un orden social enteramente conforme a los planes de Dios.

Tras el fin del asedio de Pavia, Carlomagno toma para sí la corona de hierro de los lombardos. Lucharía también contra la lombarda Adalgisa en enero del 777, y visitaría de nuevo Roma, en el 781, para pedir la unción real para sus dos hijos, Carlomán, rey de Italia, y Luis, rey de Aquitania.

Gigante empresa de un gigante emperador

Las guerras ocupan gran parte del reinado de Carlomagno. En una Europa dominada aún por la barbarie, hay que consolidar, salvaguardar y ampliar las fronteras territoriales. Cabe señalar, no obstante, que tales empresas siempre tienen un innegable carácter misionero, emprendidas en defensa de la fe y con vistas a la expansión de la religión católica. Se trata de conflictos contra varios pueblos enemigos: lombardos, frisonos, sajones e incluso musulmanes del norte de España. Como asegura Darras, «Eu-

ropa tenía un maestro; el mundo, un árbitro; la Iglesia, un defensor; y en breve Roma inscribiría en el pedestal de las estatuas del nuevo rey este título inmortal: *Carolus Magnus Romanæ Ecclesiæ ensis clypcusque* —Carlomagno, espada y escudo de la Iglesia Romana».¹⁰

Si Carlomagno brilla por su valentía en el campo de batalla, no reluce menos por su piedad y filial devoción a la Santa Iglesia. De hecho, se impone como misión no sólo defender a la Iglesia, sino también rodearla de honores y esplendores cada vez mayores.

El emperador lleva a cabo la reforma litúrgica iniciada por su padre; lucha por unificar el culto, difundiendo la liturgia romana de tipo gregoriano; personalmente le pide al papa San Adrián I que le envíe cantores cualificados para formar a las diócesis de Francia en el tradicional canto litúrgico. La formación teológica del clero también ocupa un lugar especial entre sus preocupaciones, así como la normalización del régimen monástico según la regla de San Benito, que se impondría en el futuro, bajo el impulso de San Benito de Aniana, además de la fundación de varias iglesias y monasterios, como los de Saint-Pons de Cimmiez, Brântome, Metten, Saint-Savin y Saint-Paul de Narbonne, entre otros.

... hasta su incansable empeño en promover e impulsar la educación y las artes, todo ello movido por una ferviente piedad cristiana. En verdad, ¡Carlos fue grande por su fe!

«Carlomagno reprende a los alumnos negligentes», de Karl von Blaas - Museo de Historia del Arte, Viena. De fondo, la capilla palatina, Aquisgrán (Alemania)



Sebastián Cadavid

Reproducción

catedrales».¹⁵ De este modo, se abrieron escuelas para todos, establecidas en gran número de iglesias y monasterios, y se solicitaron sabios maestros de todo Occidente, especialmente de Inglaterra e Italia. Entre ellos figura el principal exponente de la cultura y la ciencia en la corte carolingia: Alcuino de York.

Incluso es reformada la escritura. Se adopta una caligrafía clara, regular y uniforme, conocida como *minúscula carolingia*. Las artes también reciben un nuevo impulso y los manuscritos litúrgicos se embellecen. Metales preciosos y marfiles, iluminaciones y miniaturas decoran los evangelarios, sacramentarios, salterios y breviarios. Se construyen hermosas iglesias, ricamente ornamentadas y adornadas. Un bello ejemplo de la suntuosa arquitectura carolingia lo tenemos en el palacio de Aquisgrán, sede del gobierno imperial.

«Sus últimas preocupaciones fueron por la Iglesia»

Hasta el final, Carlomagno vivirá de la Iglesia y para la Iglesia. Esto es lo que dice Darras sobre los últimos días del gran emperador:

«Sus últimas preocupaciones fueron aún por la Iglesia, de la que nunca dejó de ser su defensor armado durante su largo y glorioso reinado. En el 813, se celebraron hasta cinco concilios en todo el imperio: en Arles, Châlons-sur-Saône, Tours, Reims y Maguncia. Los cánones de disciplina que formularon fueron enviados a Aquisgrán, donde el emperador los hizo examinar por una gran asamblea de obispos y maestros, y los hizo obligatorios para todos los pueblos bajo su dominio mediante un capitulario especial».¹⁶

Este fue el último acto oficial del gobierno de Carlomagno. Tras recibir el viático, el 28 de enero del 814, a la edad de 72 años, el venerable monarca se persignó y murmuró las palabras del salmista: «Señor, a tus manos encomiendo mi espíritu» (cf. Sal 30, 6). Eran las nueve de la mañana cuando el padre de la cristiandad expiró en su lecho, en el palacio de Aquisgrán.

La verdadera grandeza sólo nace de la fe

El legado de Carlomagno a la historia es incommensurable.

Emperador, padre, maestro, guerrero, teólogo, hijo extremado de la Iglesia, defensor del Papa... ¿Cómo resumir en una sola palabra estos y otros muchos aspectos que adornaron el alma del emperador de la barba florida?

Sólo una palabra puede sintetizarlo. Aquella con la que, treinta años después de su muerte, lo calificaría su nieto Nitardo: magno. De hecho, la verdadera grandeza sólo nace de la fe. Y fue esa fe, amada, cultivada y defendida sin reservas por Carlomagno, la que le dio la posibilidad de ser, en el mejor sentido de la palabra, grande. ✠

¹ Cf. EGINHARD. *Vita Karoli Imperatoris*. 2.^a ed. Roma: Salerno, 2006, p. 98.

² DARRAS, J. E. *Histoire générale de l'Église*. Paris: Louis Vivès, 1873, t. XVIII, p. 8.

³ Dinastía franca de la que Meroveo (411-458) fue el tercer rey y que se consolidó con Clodoveo I (465-511) y sus descendientes.

⁴ GOBRY, Iván. *Pépin le Bref. Père de Charlemagne, fondateur de la dynastie carolingienne*. Paris: Pygmalion, 2001, p. 45.

⁵ GOBRY, Iván. *Charlemagne. Fondateur de l'Europe*. Monaco: Rocher, 1999, p. 29.

⁶ BORDONOVE, Georges. *Charlemagne. Empereur et Roi*. Paris: Pygmalion, 2008, p. 30.

⁷ DARRAS, J. E. *Histoire générale de l'Église*. Paris: Louis Vivès, 1891, t. XVII, p. 459.

⁸ *Idem, ibidem*.

⁹ *Idem*, p. 460.

¹⁰ *Idem*, p. 443.

¹¹ Cf. *Idem*, p. 476.

¹² Cf. *Idem*, p. 473; EGINHARD, *op. cit.*, pp. 102-103.

¹³ Cf. DARRAS, *op. cit.*, t. XVII, p. 496.

¹⁴ DAWSON, Christopher. *A crise da educação ocidental*. São Paulo: É Realizações, 2020, p. 35.

¹⁵ WOODS, Thomas E. *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*. Madrid: Ciudadela Libros, 2007, p. 36.

¹⁶ DARRAS, *op. cit.*, t. XVIII, p. 157.

El valor de un gran corazón

A lo largo de los siglos, hombres reconocidos por la grandeza de su personalidad recibieron los más variados epítetos. Uno de ellos, no obstante, se quedó fijado en el firmamento de la historia como «Corazón de León». ¿Quién era él?



✦ Nicole Ouverney Spitz



Michael Garlick (CC by-sa 2.0)

Ricardo Corazón de León - Iglesia de San Pietro, Bodmin (Inglaterra)

Los días transcurren lentamente en el lejano Oriente, mientras las dificultades no hacen más que aumentar. El ánimo de los combatientes empieza a decaer... Por todas partes se ven guerreros enemigos con sus arcos y cimitarras. La ciudad de Jaffa es defendida por sólo tres mil guerreros cristianos, mientras Saladino la ataca con toda la fuerza de su numeroso ejército.

Lo esperado no tarda en ocurrir: tras largas y arduas batallas, Jaffa es tomada por los infieles. Gran parte de los cristianos perecen a espada. Sin embargo, justo cuando los pocos supervivientes están a punto de capitular... Ricardo, rey de Inglaterra, aparece en el horizonte. «Con un ágil impulso, salta completamente armado del barco con sus hombres y [...], como un león feroz, embistiendo a derecha e izquierda, se lanza con audacia en medio de la formación enemiga».¹ El soberano invade la plaza de la ciudad, eliminando a todos los adversarios que encuentra y haciendo huir despavoridos a los que su espada no puede alcanzar. No hay obstáculo que lo detenga.

Enfrentamiento entre dos mentalidades

Similares demostraciones de valentía tuvieron lugar con frecuencia durante las acciones de Ricardo en las batallas por la conquista de Tierra Santa. Perteneciente

a la dinastía Plantagenet y descendiente del ilustre Guillermo el Conquistador, fue el cuarto hijo del rey Enrique II de Inglaterra y de Leonor de Aquitania. Sin estar destinado a la realeza, acabó convirtiéndose en el legítimo heredero al trono, coronado en 1189, debido a la muerte de sus dos hermanos mayores.

Por entonces, la bandera del islam ondeaba en lo alto de las murallas de Jerusalén. El mismo año de la coronación de Ricardo, el papa Clemente III, llevando a cabo una iniciativa de su predecesor, Gregorio VIII, organizó la tercera cruzada. Contaba ésta con el apoyo de los soberanos más importantes de Europa, entre ellos Federico Barbarroja, de Alemania, y Felipe Augusto, de Francia. La convocatoria del sucesor de Pedro también llegó a Inglaterra y Ricardo se unió rápidamente a los que lucharían bajo el estandarte de la cruz, llevando consigo un valeroso ejército. Formada por guerreros tan audaces, la tercera cruzada tenía todo lo necesario para ganar.

Saladino, el líder adversario, tenía un ejército de proporciones extraordinarias. Sus hombres creían que cuanto mayor fuera el número de cristianos que sepultaran en las llanuras, mayores serían las delicias que disfrutarían en la otra vida. Ahora bien, ¿qué delicias eran esas? Mientras los cristianos se lanzaban al combate con valentía, dispuestos a elevar al trono del Altísimo el incienso perfumado de la inmolación

de sus vidas y heredar así las verdaderas y santas alegrías del Reino celestial, sus contrincantes sacrificaban sus vidas para conquistar un «paraíso» de voluptuosidad donde, sin reglas ni limitaciones, podrían satisfacer la voracidad de su naturaleza animal...

Entre esos dos ejércitos se iniciaría entonces no sólo una disputa territorial, sino una inflexible batalla entre dos mentalidades y dos ideales opuestos.

La mano de Dios estaba sobre él

La lucha, finalmente, comenzó y el monarca inglés enseguida destacó entre los comandantes de la cruzada por su valor extremo. Por cierto, tan grande era la fama de sus heroicas hazañas que sus enemigos ya lo temían mucho antes de que pusiera un pie en tierras orientales. Semejante carácter le mereció el epíteto, noble y terrible, de *Corazón de León*.

Sin embargo, toda su valentía no tenía su origen en meras fuerzas humanas; una asistencia especial de Dios lo acompañaba.

Se cuenta que en Jaffa, tras vencer a un batallón de 72 000 hombres, fue despertado al amanecer por un centinela con la noticia de que los soldados de Saladino se acercaban para vengarse de su bochornosa derrota. El rey vistió su armadura y, disponiendo tan sólo de diez animales de montura, salió con otros nueve soldados al encuentro de los sarracenos, abriéndose camino con su lanza y su espada. Por donde pasaba, dejaba postrados a caballos y jinetes; y los que no eran alcanzados por él huían espantados de miedo, abandonando una vez más la lucha que con tanto ímpetu habían iniciado. Y —¡milagro!— ningún cristiano resultó herido en el enfrentamiento, salvo uno que, al evitar el combate, acabó encontrando la muerte de la que había huido...²

Más tarde, los emires de Saladino fueron reprendidos por él debido a su desertión, a lo que respondieron: «Nadie puede soportar los golpes que él [el rey Ricardo] asesta. Su impetuosidad es terrible, su espada es mortal, sus hazañas están por encima de la naturaleza humana».³ De hecho, si no fuera por la bendición de Nuestro Señor Jesucristo,

derosa tropa sarracena. Ricardo arriesgó entonces una ofensiva osadísima, casi temeraria incluso para él: se lanzó con tal ímpetu hacia la enorme masa enemiga que ninguno de sus hombres fue capaz de seguirlo. Dentro de esa melé, atacaba en todas direcciones sin detenerse un instante, ya fuera por el cansancio o por los golpes del adversario.

Nadie pudo verlo durante mucho tiempo y llegaron a pensar que había muerto, cuando reapareció a todo galope, acribillado a flechazos, cubierto de sangre y polvo, tras haber diezmado a un gran número de enemigos...

Respecto de esta hazaña, un autor afirmó: «Nunca, ni siquiera en Roncesvalles, ningún caballero se comportó tan valientemente como él en Jaffa, cuando derrotó a los sarracenos casi solo».⁴

Salvado por la admiración de un caballero

La virtud de la grandeza tampoco le faltó a Ricardo, al igual que no faltaron almas nobles que lo admiraran por ello.

Un día, en una expedición de caza en el bosque de Sarón, se detuvo a descansar y se quedó dormido bajo un árbol. De repente fue despertado por los gritos de sus acompañantes, que anunciaban la llegada de enemigos. En un instante montó su caballo y asumió la defensa; no obstante, enseguida se vio rodeado por todas partes y estaba a punto de ser alcanzado cuando Guillermo de Pratelle, un caballero francés, gritó en la lengua local: «Soy el rey, ¡salvadme la vida!». Al oír esta exclamación, verdadero alarde de heroísmo, la patulea se abalanzó sobre Guillermo y se lo llevó prisionero a ras-tras, dejando libre al verdadero rey.

Esta hazaña, loable en sí misma, resulta aún más digna de admiración por el hecho de que franceses e ingleses



El monarca inglés destacó enseguida por su valentía. Una asistencia especial de Dios lo acompañaba

Ricardo Corazón de León en batalla - Grabado de Gustave Doré (editado)

el verdadero León de Judá, que sublimaba las capacidades naturales de Corazón de León, éste nunca habría sido capaz de realizar tan estupendas proezas. Pareciera que hubiera sido asumido, durante la batalla, por aquel ángel que blandiendo armas de oro auxiliaba en los gloriosos combates de los Macabeos (cf. 2 Mac 11, 8).

«Nunca un caballero se comportó tan valientemente»

En otra contienda, todavía en Jaffa, el ejército cristiano fue rodeado por una po-

estaban constantemente enfrentados. Y Guillermo, en lugar de aprovechar la oportunidad para deshacerse de un rival, entregó su vida para salvar al gran Corazón de León.

Contra todo pronóstico, la infidelidad

Sin embargo..., en el apogeo de su gloria, el destino de Ricardo cambió bruscamente. Después de tantas y tan magníficas gestas, cuando estaba a punto de conquistar la Ciudad Santa, decidió abandonar la línea ofensiva —por razones desconocidas aún hoy—, firmando un ignominioso acuerdo de paz con aquellos a los que hasta entonces había perseguido insaciablemente. El Corazón de León, que tanto coraje había demostrado, hasta el punto de convertirse en un símbolo de la soberanía divina para los suyos, tomó de repente una decisión que ciertamente habrá dejado al lector, así como a todas las generaciones que conocieron su historia, sumamente decepcionado.

¿Cómo fue posible semejante deserción por parte de quien había demostrado tanto valor? ¿No habría conquistado los lugares santos si hubiera permanecido en Oriente? ¿No habría tomado la historia un curso diferente si Ricardo Corazón de León hubiera liberado Jerusalén? ¿Temía acaso una victoria de cuya magnitud sólo le correspondería el papel de mero instrumento del Cielo? Todo nos lleva a creer que su corazón se apegó a la gloria personal y la prefirió a la gloria de Dios...

Contra todo pronóstico, el soberano inglés embarcó de regreso a su patria. No obstante, su barco fue azotado

por una feroz tempestad que lo obligó a atracar entre Aquilea y Venecia. Tal vez esta primera tragedia fuera una advertencia divina por la infidelidad que acababa de cometer.

Aun temiendo la persecución de algunos de sus rivales, que ocupaban altos cargos en el territorio europeo, decidió continuar su viaje por Austria. Pero, tras unas controversias, en diciembre de 1192 fue descubierto y hecho prisionero por el duque Leopoldo, que le guardaba un profundo resentimiento; y unos meses después, fue entregado al emperador Enrique IV, que lo encarceló en el castillo de Trifels. Pese a la insistencia del sumo pontífice para que lo liberaran, Ricardo permaneció cautivo hasta mediados de marzo de 1194, cuando la corona inglesa lo rescató mediante el pago de una gran suma.

«El león fue asesinado por la hormiga»

Cuaresma de 1199. Para algunos, una más entre otras; Ricardo, sin embargo, ya no oiría el eco de los aleluyas de la Resurrección. Participaba en el asedio de un castillo en Aquitania. Un día que salió al campo sin armadura, protegido solamente por el yelmo y el escudo, una flecha de ballesta le atravesó el hombro izquierdo. La herida, agravada por la precariedad de la atención médica, se gangrenó y, en poco tiempo, causó la muerte del monarca. Era el 6 de abril.

El que había sido el terror de los enemigos de la Iglesia y, en medio de ellos, se había librado de las peores situaciones, encontró ese mediocre final, alcanzado por una sola flecha un día en que no llevaba su armadura, mientras lu-

chaba contra quienes debían haber sido sus compañeros en la guerra contra los infieles... Con razón se diría de él que «el león fue asesinado por la hormiga».

La Santa Iglesia necesita nuevos leones

El apodo del rey Ricardo verdaderamente definía su vocación: tener un corazón ardiente de amor a la Santa Iglesia y dispuesto a enfrentarse a sus opositores como un león. No obstante, un alma sólo tiene auténtico valor cuando se ordena puramente en función de un ideal santo y palpita al unísono con el llamamiento recibido del Cielo. Cualquier desviación causada por el orgullo y por el amor propio la hacen deshonorosa a los ojos de Dios y de los hombres. La cuestión, por tanto, se centra en un único punto: *para qué* late el corazón.

Como católicos del siglo XXI, asombrémonos del vacío que puede dejar en la historia un alma que no ha sido lo que debía ser, y no sigamos el mismo camino. Seamos auténticos «corazones de león», libres de ataduras egoístas y dispuestos a cualquier sacrificio en defensa de la Santa Iglesia, que más que nunca está a la espera de leones que la defiendan. ✚

¹ RADULPHI DE COGGESHALL. *Chronicon anglicanum*. London: Longman; Trübner, 1875, p. 43.

² Cf. FLORI, Jean. *Ricardo Corazón de León. El rey cruzado*. Barcelona: Edhasa, 2002, p. 411.

³ MICHAUD, Joseph-François. *História das Cruzadas*. São Paulo: Editora das Américas, 1956, t. III, p. 168.

⁴ FLORI, op. cit., p. 509.

A punto de reconquistar Jerusalén, Ricardo abandonó la ofensiva y poco después se marchó de Tierra Santa... ¿Qué rumbo habría tomado la historia si hubiera sido fiel?

Ruinas del castillo del Peregrino, antigua fortaleza de los cruzados, Atlit (Israel)



Una reina verdaderamente católica

Su mayor título no fue el de reina ni el de restauradora de la paz, sino el de católica, recibido directamente de manos del vicario de Cristo en reconocimiento a sus inestimables servicios a la Santa Iglesia.

✠ Íñigo María de Oyarzábal Gutiérrez-Barquín



Corría el año 1462. En la pequeña Madrigal, aldea en los confines del reino de Castilla, una niña de 11 años vive una infancia marcada ya por el signo del dolor. La pequeña Isabel es huérfana y vive con su madre, una mujer atormentada por trastornos mentales. Tal vez estos sufrimientos tan precoces sean la causa de su grave semblante, que revela una seriedad por encima del común de sus coetáneos. En su personalidad ya se perciben aquellos rasgos dominantes que la caracterizarán hasta el final de sus días: piedad, rectitud y una intransigente firmeza de principios.

Sin embargo, además de nobleza de carácter, Isabel también lleva sangre real en sus venas: es hermanastra del rey Enrique IV de Castilla y pretendiente al trono del mismo reino.¹

Entrada en la corte y primeros enfrentamientos

Un día, el rey decidió repentinamente trasladarla, junto con su hermano Alfonso, a la corte castellana. ¿Qué le había impulsado a llamar a los jóvenes a su lado? Al no tener descendencia, Enrique debía ser sucedido por Alfonso y, en su ausencia, por Isabel. Así pues, movido por intereses políticos, quiso mantener bajo su vigilancia a los dos pretendientes al trono.

Esto supuso un cambio brusco para los hermanos. Atrás quedaban los días tranquilos y melancólicos vividos en Madrigal... y se avecinaban grandes luchas.

¡Cuánto sufrirían los dos infantes en medio de la corrupción moral que hacía estragos entre la nobleza española! Incluso la propia reina instó a Isabel a participar del libertinaje de la corte... Ante tan deshonesta propuesta, la joven acudió entre lágrimas a su hermano, de tan sólo 14 años, quien no dudó en reprender duramente a la soberana y amenazar con matar a sus damas menos pudorosas si de nuevo intentaban corromper a su hermana.

Un indigno pretendiente

Pero las dificultades aumentarían. Enrique se había encargado de presentar un candidato para el matrimonio de su hermana. Las propuestas se sucedieron, hasta que en 1466 designó al ambicioso Pedro Girón, de avanzada edad, pésima reputación y carente de sangre noble, para casarse con Isabel. Al verse en tan angustiosa situación, la doncella inició un período de ayuno y oración. Y le dirigió a Dios una súplica extrema: que le enviara la muerte a ella o al indigno pretendiente.

Pocos días después, Girón contrajo una grave enfermedad. Durante toda

la noche sintió como si una mano invisible lo estrangulara. Murió camino de la boda, blasfemando contra Dios y rechazando, *in extremis*, los sacramentos... La futura reina pudo entonces respirar aliviada.

Matrimonio con el príncipe de Aragón

A pesar de las ambiciones de su medio hermano, Isabel resolvió por sí misma las cuestiones relativas a su futuro. Su elección recayó en el príncipe Fernando, heredero de la Casa de Aragón. El 18 de octubre de 1469 se celebraba en Valladolid la ceremonia nupcial, en medio del entusiasmo general de la población... y sin el consentimiento del rey castellano.

Este matrimonio lo indispuso gravemente contra su hermana. Enrique declaró a Isabel desheredada del trono de Castilla —pues esta condición le había sido reconocida oficialmente años antes, al fallecer prematuramente el príncipe Alfonso— y eligió como heredera de la corona a una hija ilegítima de su esposa, ya que, como dijimos, él no podía tener hijos.

Las tensiones duraron hasta 1474, cuando una prolongada enfermedad provocó la muerte del soberano. Tras un breve luto de dos días, el 13 de di-



ciembre Isabel se hizo proclamar reina en la plaza Mayor de Segovia.

Una misión: restablecer la paz

El cetro que Isabel recibía en sus manos era, más que una gloria, una enorme carga: había heredado un reino en completo desorden civil y religioso. He aquí su primera misión: restablecer el orden y la paz. La nueva reina no pierde un instante. Es preciso reprimir a los delincuentes que habían sido tan favorecidos durante el reinado de su predecesor.

Muchos la consideraban excesivamente severa. No obstante, el rigor empleado por Isabel y Fernando es muy justificable dada la insubordinación generalizada que se extendía en sus dominios. La simpatía que Enrique había prodigado a los asesinos, los nuevos monarcas la reservaron para las víctimas, sus viudas y sus hijos.² Y, para garantizar que se mantuviera la paz conquistada, se crearon entonces instituciones como la Santa Hermandad, un ejército popular de voluntarios destinado a reprimir los delitos cometidos en los caminos y en los campos.

Año de conquistas

Finalmente, llegamos a 1492: un año de acontecimientos únicos en la historia de España y del mundo.

En primer lugar, la Reconquista llega a su término. A principios del siglo VIII, casi toda la Hispania visigoda había caído bajo dominio árabe. Tras ocho siglos marcados por guerras territoriales y de religión, el 2 de enero de 1492 el emir Boabdil entregaba a Fernando las llaves de la ciudad de Granada, último bastión islámico en la península ibérica. Concluida esta epopeya, la reina de Castilla podía dedicarse a otros menesteres.

Estaba pendiente el caso de un misterioso personaje que llevaba tiempo solicitando una entrevista en la corte. Se trataba de un navegante genovés que, rechazado por reyes de otros países, acudió convencido al palacio de Granada para proponer a los soberanos de Castilla y Aragón su inédita propuesta: llegar a la India y a Japón navegando a través del océano Atlántico..., una hazaña a realizar en nombre de la corona española. Isabel lo escuchó todo con sumo interés, pero las condiciones exigidas por el entusiasta aventurero eran demasiado onerosas. Además, Fernando le insistió a su esposa que no era prudente subvencionar semejante empresa en un momento en el que las arcas reales ya estaban agotadas por la guerra.

Si Cristóbal Colón no hubiera tenido como aliados al antiguo confesor de

la reina, el P. Juan Pérez, y a algunos de los amigos más íntimos de Isabel, hoy sería un completo desconocido. En atención a las peticiones de aquellas personalidades, la soberana se dignó financiar la expedición a las Indias empeñando sus propias joyas. Así, ese mismo año el Nuevo Mundo entraba en las páginas de la historia.

Decisiones inspiradas, tomadas por almas providenciales, pueden cambiar el curso de los acontecimientos. En este caso, la resolución de la reina significó entregar a la Santa Iglesia Católica un continente entero, antes de que la herejía le arrebatara un tercio de Europa.

En auxilio de la santa religión

En 1492, Isabel de Castilla tenía 41 años y era la monarca de una nación pacífica y próspera, pero no por ello se permitía descansar. No se contenta con ver a su pueblo gozar de una simple tranquilidad civil. Quiere que sus súbditos se llenen de ese fervor por la santa religión que habita en su alma desde su infancia, porque, incluso antes de ser reina, Isabel fue siempre una católica muy devota. No sólo asistía todos los días al santo sacrificio de la misa, sino que también recitaba diariamente el breviario, además de practicar otras muchas devociones privadas.

Su entrañable amor a la Santa Iglesia Católica la llevaba a entristecerse sobremanera por la deplorable situación en que se encontraba el clero. Siendo

Por impulso y resolución de Isabel, acontecimientos únicos en la historia de España y del mundo sucedieron en 1492: el fin de la Reconquista y el descubrimiento del nuevo mundo

«La rendición de Granada», de Francisco Pradilla y Ortiz - Palacio del Senado, Madrid.
En la página anterior, los tronos de los Reyes Católicos - Alcázar de Segovia (España)



ésta la clase social encargada de la instrucción y salvación de las almas, sus escándalos tenían gran repercusión entre el pueblo. Isabel se vio entonces en la contingencia de exigir a sus miembros una integridad que, desgraciadamente, ni siquiera la mayoría de los obispos exigía.

Con la bula *Romanum decet*, de 1493, Alejandro VI otorgaba a los reyes de Castilla y Aragón autoridad para actuar contra los prelados escandalosos. El acceso a las órdenes sagradas, que antes se concedía con peligrosa facilidad a cualquiera que lo solicitara, requería ahora que los aspirantes al sacerdocio, bajo juramento, llevaran una vida moralmente recta. En una misiva, Isabel llegó a recriminarle a uno de los responsables de la diócesis de Cuenca por su reprochable actitud de conferir las órdenes sagradas a cualquier persona que le ofreciera una gran suma de dinero.³

Reyes Católicos

Inestimables fueron los servicios prestados por Isabel y Fernando a la Iglesia Católica y, concretamente, al papado, sobre todo con respecto a la expulsión de los franceses de los Estados Pontificios. Por esta razón la Santa Sede decidió concederles un título honorífico. Debatido el asunto en un consistorio, se llegó a esta inédita formulación: *Reyes Católicos*, título publicado posteriormente en la bula *Si convenit* y con el que los dos monarcas pasaron a la historia, legándolo a sus sucesores en el trono de San Fernando.

Cabe destacar también que en ese documento aparece por primera vez la fórmula «rey y reina de *las Españas*», sin mención separada a sus respectivos dominios. Así pues, todo indica que ése es el período en el que España aparece a los ojos de la cristiandad como una nación unificada, aunque rica en diversidad, más aún tras el descubrimiento de los distintos dominios de América.



La vida de la reina se asemejó a un sol de éxitos y triunfos, pero fue en el crepúsculo cuando arrojó sus rayos más esplendorosos

Isabel la Católica, de José Rosa - Monasterio de Santa María de La Rábida, Palos de la Frontera (España)

Ocaso de un reinado

Innumerables virtudes adornaban la figura de Isabel, pero ningún honor era más apropiado para coronar la frente de una reina católica que la diadema del sufrimiento.

Si la aurora de su vida estuvo impregnada de luchas y dificultades, su madurez se asemejó a un sol resplandeciente de éxito y de triunfo. Sin embargo, como suele ocurrir, en el ocaso es cuando el astro rey arroja sus rayos más esplendorosos, transformando la bóveda azulada en un espectáculo de tonalidades rubras y violáceas.

A partir de 1497, la muerte visitaría a algunos de los hijos de Isabel. Juan, el jovencísimo príncipe heredero, acababa de casarse con Margarita de Austria. Pero moriría a los pocos meses, dejando a su esposa embarazada de un hijo que, lamentablemente, sería mortinato. Al año siguiente, la princesa mayor, Isabel, que había recibido la sucesión del linaje, fallecía al dar a luz a un varón llamado Miguel que, a su vez, vivió sólo dos años.

No es de extrañar que acontecimientos como éstos agotaran las fuerzas de la reina, ya que nunca había gozado de buena salud. Sentía que su hora estaba llegando, pero no significaba que descuidara sus deberes de piedad ni el cumplimiento de sus graves responsabilidades como soberana. Su espiritualidad, siempre profunda, se enriqueció con la aceptación heroica de la cruz y con el desapego de los bienes terrenales que, como nunca, manifestaba. En estas condiciones, Isabel viajó con gran dificultad a las tierras de su infancia, lejos del palacio granadino.

Noviembre de 1504. La reina siente que la vida se desvanece. Dicta su testamento y recibe los santos sacramentos, prohibiendo explícitamente que se hagan gastos superfluos en su funeral. Sólo pide que se celebren exequias y que se rece en todo el reino por la salvación de su alma. Finalmente, el 26 de noviembre, a los 53 años, entrega su alma a Dios.

Pareciera que todo termina ahí. Sin embargo, ésa no es la realidad. En la segunda mitad del siglo xx, más de cuatrocientos años después de la muerte de la incomparable reina de Castilla, comienza el glorioso epílogo de su historia, escrita ya no con tinta y papel, sino con letras de oro. Se trata de la apertura de la causa para su canonización. El proceso, todavía en curso, se propone juzgar —con la característica prudencia de la Santa Sede— la empresa de una soberana en tantos aspectos ejemplar y, por excelencia, católica. ✚

¹ Los datos históricos que constan en el presente artículo han sido tomados de las obras: DUMONT, Jean. *La incomparable Isabel la Católica*. Madrid: Encuentro, 2023; WALSH, William Thomas. *Isabel la Cruzada*. 4.ª ed. Madrid: Espasa Calpe, 1963; AZCONA, OFM CAP, Tarsicio de. *Isabel la Católica*. Madrid: BAC, 1964.

² Cf. WALSH, *op. cit.*, p. 58.

³ Cf. AZCONA, *op. cit.*, p. 470.



Talleyrand, de François Gérard -
Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Ese obispo abandonó el sacerdocio para sumarse a la Revolución, engañó a Danton para escapar de la guillotina, traicionó a Napoleón para restablecer la monarquía y, en su último suspiro, renunció al mundo para unirse a Dios —o al menos intentarlo...

El hombre con seis cabezas

Ya sea como héroe o como villano, se diría que Talleyrand fue un personaje de cuento de hadas... De origen principesco, nacido en una «tierra encantada», la vieja Francia del Antiguo Régimen, reino del buen gusto, de la etiqueta y de la *douceur de vivre*,¹ Charles-Maurice encuentra, en su historia, un sorprendente paralelismo con la Cenicienta.

Sí, lo digo muy en serio, porque, al igual que en el cuento de la Cenicienta, toda su trama vital gira en torno a un piececito y su correspondiente zapatito.

«Me obligan a ser clérigo...»

Un hecho indiscutible es que Talleyrand adquirió en su infancia una importante deformidad en su pie derecho —motivo por el que cojeaba—, pero hasta hoy nadie ha podido precisar los detalles de lo sucedido, sobre todo porque el único testigo fue él mismo y las versiones difieren sustancialmente.

Su discapacidad le obligó a llevar durante toda su vida un zapato ortopédico —no de cristal como el de la princesa encantada, por supuesto— y le incapacitó para la carrera de las armas, que le habría correspondido al ser el primero de sus hermanos.² En consecuencia, sus padres decidieron destinarlo al estado clerical... Por lo que se ve el requisito «vocación» no parecía muy decisivo en sus pensamientos.

«Me obligan a ser clérigo, ¡y se arrepentirán!», dijo Talleyrand. Y tenía razón. Los primeros escándalos de su existencia disoluta se remontan al seminario.

«Mi hijo, ¡obispo?!»

Le ahorraremos al lector los detalles sórdidos que llenaron en exceso la vida íntima de nuestro personaje. A modo de mera ilustración, narraremos el episodio que sucedió a propósito de su nombramiento como obispo.

Como la sede de Autun estaba vacante, el padre de Charles-Maurice le suplicó a Luis XVI que se la concediera a su querido vástago. Al enterarse de dicha petición, la propia madre del joven intervino, alegando que su hijo llevaba una vida demasiado censurable para ser sucesor de los Apóstoles.

Pero el grito de alarma fue en vano. El rey hizo la vista gorda y, declarándose «bien informado» sobre las supuestas cualidades morales del sacerdote, lo nombró para el episcopado, decisión que fue ratificada por Roma poco después.

De Autun a París

El 12 de marzo de 1789, año de la Revolución francesa, el recién consagrado obispo de 35 años tomó posesión de su diócesis, pero por poco tiempo. Exactamente un mes después, se sube a un carruaje y emprende el viaje con destino a París..., para no pisar Autun

Raphaël Six





nunca más, o en cualquier caso no para desempeñar sus funciones episcopales.

Nuevos y tempestuosos vientos soplaban desde la capital: Luis XVI había convocado los Estados Generales —una asamblea con delegaciones de todo el país, que sufriría progresivas mutaciones hasta convertirse en la génesis de la Revolución francesa— y Talleyrand se metió en el ojo del huracán al ser elegido entre los diputados del clero.

¿Aviso de amigo?

Cuando estallaron las revueltas en los Estados Generales, Charles-Maurice solicitó inmediatamente una audiencia con el rey. Quería advertirle a Luis XVI de los peligros que amenazaban al trono y a Francia. Sentía aprecio por la monarquía, o al menos por el *status quo* que ésta mantenía.

El obispo de Autun ni siquiera fue recibido por su majestad y tuvo que contentarse con hablar con el hermano del rey, el conde de Artois, a quien le declaró categóricamente que el asunto sólo se resolvería «mediante un poderoso desarrollo de la autoridad real, sabia y hábilmente acometido». Y añadió: «conocemos las vías y los medios» para lograrlo, «si la confianza del rey a ello nos llamara». Eran una advertencia y una oferta, procedentes de alguien con perspicacia suficiente como para diagnosticar la situación y la capacidad de revertirla. Sin embargo, no hubo respuesta. Quince días después caía la Bastilla.

En la noche del 16 de julio, Talleyrand buscó de nuevo al conde, en un último intento, que tampoco tuvo éxito. Ya no había vuelta atrás: Luis XVI seguiría su ruta hasta el final. Al darse cuenta inmediatamente de la coyuntura, Charles-Maurice, declaró: «En

«Me obligan a ser clérigo, y se arrepentirán!», dijo Talleyrand... Y tenía razón

Decreto de la Asamblea Nacional que confisca los bienes del clero. En la página anterior, nombramiento de Talleyrand como ministro de Relaciones Exteriores de la República y carta firmada por él en el ejercicio de ese cargo

tonces, *Monseigneur*, a cada uno de nosotros no nos queda más que cuidar de nuestros propios intereses, ya que el rey y los príncipes abandonan los suyos y los de la monarquía». A partir de ese momento, Talleyrand se lanzaría en los brazos de la Revolución.

El ciudadano-obispo

El obispo de Autun se hizo célebre, *exempli gratia*, por la propuesta que hizo a la Asamblea Nacional, el 10 de octubre de 1789, de confiscar los bienes del clero con el fin de recaudar dinero para la nación —evidentemente, no sin antes haber conseguido, mediante algunas pautas burocrático-diplomáticas, lucrarse con la ejecución de la idea... Como bien diría su amigo Mirabeau tiempo después: «Por dinero, Talleyrand vendería su alma, y tendría razón, porque cambiaría su estiércol por oro».

Finalmente, el 28 de diciembre del año siguiente, Charles-Maurice prestó juramento sobre la constitución civil del clero, consumando así su apostasía. Se comprende lo acertado del apodo con el que se le conoció: «el diablo cojo»...

Por orden de Danton...

No obstante, la Revolución se mostraba cada vez más incontrolable. Asustado por la vorágine de los acontecimientos, Talleyrand decidió emigrar a Inglaterra. Sin embargo, no le parecía apropiado huir sin más, ya que eso representaría una desertión de la causa republicana —algo absolutamente inconveniente—, pues ¿quién, en aquellas circunstancias, podía predecir el futuro de Francia? Lo mejor sería mantener un pie en cada barco, y el piececito del «diablo cojo» estaba hecho a medida para ello.

A través de un doble juego consiguió, al mismo tiempo, restablecer algunos lazos con la monarquía y acercarse a Danton, hasta el punto de obtener de este último un pasaporte firmado con las palabras: «Maurice Talleyrand se dirige a Londres por orden nuestra». El 9 de septiembre de 1792 dejaba Francia, a donde sólo regresaría cuatro años después, tras un agradable intervalo sabático en Inglaterra y Estados Unidos.

A su regreso, durante el periodo del Directorio, en París todo el mundo hablaba de un general que estaba ganando fama en las campañas de Italia: un tal Napoleón Bonaparte...

Echando granos de incienso, para una cosecha tardía

Aunque todavía no había llegado la hora del corso, Charles-Maurice, con su habitual infalible clarividencia, decidió echar sus redes.

Recién nombrado ministro de Asuntos Exteriores en el Directorio, anunció su cargo al futuro emperador en estos términos: «Justamente asustado por las funciones cuya peligrosa importancia percibo, necesito tranquilizarme por el sentimiento de lo que vuestra gloria debe aportar en términos de medios y facilidades en las negociaciones. El simple nombre de Bonaparte es un auxiliar que todo lo debe allanar».

Estas y otras semillas, plantadas en el terreno fertilísimo del orgullo de Napoleón, no dejarían de dar frutos a su debido tiempo —frutos que Talleyrand sabría cosechar con arte...

Dos Papas: situación favorable a la Revolución

Pero hasta entonces el ciudadano-ministro aún tenía que demostrar su devoción a la república —y lo hizo de manera sorprendente! En este sentido, nos parece sobremedida elocuente la propuesta que hizo al Directorio el 30 de abril de 1798, calificada por el eminente historiador André Castelot de «texto verdaderamente diabólico».³ En aquella época, acababa de procla-



marse la República Romana y el Papa estaba prisionero en Briançon.

Talleyrand sostenía que, aunque Pío VI estuviera privado de su poder temporal, seguía siendo objeto de atención de todas las potencias de Europa —algo perjudicial para la causa revolucionaria. Por lo tanto, quizá sería una buena política ocultarlo, difundir el rumor de su muerte, elegir a otro —¡o incluso a varios!— y cuando llegase el momento oportuno hacer reaparecer a Pío VI: «Esta diversidad de pontífices —afirmaba el “ex obispo” de Autun—, no dejaría de producir un cisma beneficioso para los principios republicanos».

Afortunadamente, el plan fue interrumpido unos meses después con el fallecimiento del vicario de Cristo.

Un paso atrás

Sin embargo, el Directorio no duraría para siempre. Cuando, al año siguiente, Napoleón dio un golpe de Estado y se convirtió en primer cónsul, Talleyrand no dejó de hacerse notar, logrando así mantener su cartera en el nuevo régimen.

De hecho, Bonaparte lo necesitaba. En esta etapa y en las siguientes —por tanto, en el Consulado y en el Imperio— convenía darle al gobierno cierto aire de elegancia, desempolvándolo de los hábitos revolucionarios, de los que estaba saturada la opinión pública. Ahora bien, el corso sabía que nunca podría hacerlo solo: «Precisaba de un aristócrata, y un aristócrata que supiera cómo manejar una insolencia principesca». Talleyrand era la persona más indicada.

Por cierto, esto explica en parte el número de títulos que Napoleón le otorgó: gran chambelán, príncipe de Benevento, vice gran elector del Imperio.

Austerlitz: la derrota de Napoleón

De victoria en victoria, Bonaparte iba construyendo su trono de bayone-

tas. No obstante, nadie, ni siquiera él, conseguiría mantenerse en equilibrio durante mucho tiempo sobre un monumento tan inestable e incómodo... Como siempre, Talleyrand se dio cuenta de ello de antemano.

Suele decirse que la batalla de Austerlitz, librada el 2 de diciembre de 1805, fue la gran victoria de Napoleón. Pero no era así como su querido ministro consideraba los hechos. Unos dos meses antes, ya le había expresado



Reproducción

Charles-Maurice supo mantener su posición de influencia en los distintos regímenes políticos vigentes en Francia a partir de 1789

«Napoleón recibe al barón Vincent, embajador austriaco», de Nicolás Gosse; Talleyrand se encuentra en el centro - Palacio de Versalles, París

su opinión, la cual reiteró en una carta tres días después del enfrentamiento: «Su majestad puede ahora despedazar la monarquía austriaca o reconstruirla. Una vez despedazada, no estaría en manos de su majestad reunir los escombros dispersos y a partir de ellos reconstruir una sola masa. Ahora bien, la existencia de esta masa es necesaria».

Sin embargo, Bonaparte desoyó orgulosamente el consejo y, actuando en sentido contrario, se extralimitó. Su caída era, pues, sólo cuestión de tiempo. Y Talleyrand comenzaría a prepararse para la siguiente etapa, con siete años de antelación...

Sobreviviendo a tres regímenes más

Resulta irrisorio seguir la estrategia de Charles-Maurice, quien, mientras adulaba al emperador con total desfachatez, proponía, bajo las narices de Napoleón, una alianza entre Austria y Rusia contra él.

Finalmente, en 1812, cuando el imperio se estaba resquebrajando por todas partes, añadió también a la baraja la carta real, ofreciéndole sus servicios a Luis XVIII, por entonces exiliado en Inglaterra. Con Austria de un lado y los Borbones del otro, su futuro estaba asegurado. En breve, el corso zarparía hacia el exilio y el príncipe de Benevento —porque conservó el título— mantendría su cartera ministerial en la monarquía.

Bien lo expresó el propio Napoleón: «Tengo dos fallos que reprocharme con respecto a Talleyrand: el primero, no haber seguido los sabios consejos que me dio; el segundo, no haberlo mandado ahorcar, por no haber seguido el sistema que me había indicado».

Aunque se afirmaba partidario de la restauración de los Borbones, Charles-Maurice no era persona grata para Luis XVIII, que acabó destituyéndolo de su cargo. Se podría decir que fue un fracaso político, pero no. Al lanzarse a la oposición, Talleyrand alcanzó tal influencia

que, durante la revuelta de julio de 1830, en la que se derrumbó definitivamente la monarquía legítima en Francia, Luis Felipe le envió una consulta para saber si debía aceptar o no el cargo de lugarteniente general del reino, y sólo cuando el ex ministro respondió afirmativamente consintió en el nombramiento.

La mera noticia del vínculo de Talleyrand con el nuevo régimen llevó a monarcas como el zar Nicolás a reconocer su legitimidad. Gracias a Charles-Maurice, concluye muy acertadamente Castelot, «los tres colores [de la bandera revolucionaria] han dejado de asustar a Europa».⁴

1789-1830: una visión de conjunto

La afirmación es más profunda de lo que parece. Tratemos de entenderla a través de las explicaciones del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira.

Afirma él que la Revolución suele metamorfosearse, simulando a veces regresiones, a fin de hacerse seguir más fácilmente por la opinión pública. Para ejemplificar su tesis, propone una admirable síntesis de los distintos regímenes que vivió Francia, desde 1789 hasta el ascenso de Luis Felipe. Leyendo sus palabras, uno casi tiene la impresión de estar ante un resumen biográfico de Talleyrand:

«El espíritu de la Revolución francesa, en su primera fase, se sirvió de una máscara y un lenguaje aristocrático e incluso eclesiástico. Frecuentó la corte y se sentó a la mesa del consejo del rey.

»Más tarde, se volvió burgués y trabajó por la extinción incruenta de la monarquía y la nobleza, y por una velada y pacífica supresión de la Iglesia católica.

»En cuanto pudo, se hizo jacobino y se embriagó de sangre durante el Terror.

»Pero los excesos llevados a cabo por la facción jacobina despertaron reacciones. Dio marcha atrás pasando por las mismas etapas. De jacobino se convirtió en burgués en el Directorio, con Napoleón tendió la mano a la Iglesia y abrió las puertas a la nobleza exiliada y, finalmente, aplaudió el retorno de los Borbones. Acaba la Revolución francesa, pero el proceso revolucionario no acaba con eso. Estalla de nuevo con la caída de Carlos X y el ascenso de Luis Felipe y así, a través de sucesivas metamorfosis, aprovechando sus éxitos e incluso sus fracasos, llegó al paroxismo de nuestros días».⁵

Talleyrand contribuyó a hacer posible la implementación definitiva de la Revolución francesa y, nos atreveríamos a decir, encarnó su espíritu. ¿Hasta qué punto desempeñó intencionadamente ese papel? Imposible determinarlo. Después de todo, como él mismo afirmó, «nunca se llega tan lejos como cuando no se sabe a dónde se va»...

«¡No olvidéis que soy obispo!»

En cualquier caso, el itinerario de Charles-Maurice aún no ha llegado a su fin. Falta la conclusión del relato, que quizá sea el mayor giro argumental de la historia.

Ya muy viejo, pocas horas antes de su muerte, el «diablo cojo» accedió finalmente a recibir los sacramentos. Tras firmar una retractación de toda su vida, habiendo sido perdonados sus pecados después de una larga confesión, le administran la extremaunción. En el momento de ungirle sus manos con los santos óleos, las presenta cerradas, declarando con impresionante presencia de espíritu: «¡No olvidéis que soy obispo!». Ya había sido ungido casi medio siglo antes y, por tanto, según la norma, debía recibir los santos óleos en el dorso de las manos. Así entrega su alma, tras perpetrar su última traición: al mundo, para reconciliarse con Dios.

¿Arrepentimiento sincero? ¿O mera jugada, como las demás? Otra pregunta difícil de responder... En este valle de lágrimas, quizá sólo haya dos cosas más inescrutables que los secretos de la política: las misteriosas sendas del corazón humano y las infinitas profundidades de la misericordia divina.

Concluyamos con una breve reflexión. Al entrar en contacto con los hechos aquí narrados, surge casi ine-



Reproducción

Talleyrand encarnó el espíritu del proceso revolucionario en sus varias metamorfosis y contribuyó a la implementación definitiva de la Revolución francesa

«El hombre con seis cabezas», caricatura de Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord - Museo Carnavalet, París

vitamente la pregunta de si tales dones naturales no le fueron otorgados a Charles-Maurice como consecuencia de un llamamiento a luchar por la causa del bien en una época tan convulsa. Si por ocultos intereses personales ofreció sus servicios, de tanta utilidad para el mal, a los fugaces soberanos de entonces, ¿cuánto no habría hecho un Talleyrand dedicado a servir a la Santa Iglesia y a la lucha por la legitimidad en aquel período histórico? No parece descabellado afirmar que la historia de Occidente habría sido diferente, al menos durante un buen tiempo. ¡Cuánta responsabilidad tenemos, pues, ante Dios de hacer que los talentos que Él nos ha dado rindan con vistas a nuestra santificación y al cumplimiento de nuestra misión! ✠

¹ La famosa expresión fue, por cierto, acuñada por el propio Talleyrand: «Quien no haya vivido en Francia en los años cercanos a 1789 no sabe lo que es la dulzura de la vida» (CASTE-

LEOT, André. *Talleyrand ou le cynisme*. París: Perrin, 1980, p. 39). Las demás frases históricas contenidas en este artículo han sido transcritas de esa misma obra.

² En realidad, Charles-Maurice tenía un hermano mayor que murió muy joven.

³ *Idem*, p. 153.

⁴ *Idem*, p. 644.

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Revolução e Contra-Revolução*. 9.ª ed. São Paulo: Arautos do Evangelho, 2024, pp. 53-54.

San Bernabé, apóstol



Reproducción



Fiel testigo de Cristo crucificado

Partiendo de un respetable anonimato para enfrentar duras misiones y viajes con el apóstol San Pablo, este héroe de Dios jamás descansó hasta conquistar el Cielo, por la palma del martirio.

✠ João Luis Ribeiro Matos



La Iglesia Católica se halla hoy en el vigésimo siglo de su historia. Cuántas generaciones se han sucedido desde el sublime momento en que las llaves del Reino de los Cielos fueron entregadas a San Pedro; en que del costado abierto del Crucificado floreció la fuente salvadora de la Iglesia; y en que el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en el cenáculo, fortaleciéndolos para su misión de llevar la luz de Cristo hasta los confines de la tierra.

Muy lejos de esos acontecimientos, nuestra mirada se dirige extasiada al escenario privilegiado en el que se vivía «la plenitud del tiempo» (Gál 4, 4). En la Ciudad Santa, las columnas de la Iglesia solidificaban el edificio espiritual de Cristo. La Virgen María, con su presencia celestial, santificaba la naciente comunidad de adoradores del Resucitado. Y en número cada vez mayor, hombres de todas las razas y lenguas adherían a la fe católica, atrayendo sobre sí el odio de los mismos que habían crucificado a su fundador.

No cabe duda de que los fieles de los primeros tiempos eran, todos ellos, figuras admirables. Muchos habían contemplado con sus propios ojos al divino Maestro, escuchado sus ense-

ñanzas y presenciado sus portentosos milagros. Así, si recorremos el relato recogido en los Hechos de los Apóstoles, nos damos cuenta de que estamos ante un panorama tan denso en gracias y significados que el hecho más pequeño o el personaje más sencillo adquieren una dimensión inigualable.

Tomemos como ejemplo la historia del apóstol San Bernabé. Desde un anonimato respetable, pasando por duras misiones y viajes con San Pablo, este héroe de Dios no descansó hasta conquistar el Cielo por la palma del martirio.

Origen casi desconocido

Disponemos de pocos datos históricos sobre este ilustre varón. Sólo sabemos que era un judío de la diáspora, natural de Chipre, de la tribu de Leví. De su familia, la única referencia que tenemos es que San Marcos era primo suyo (cf. Col 4, 10). Además, el propio nombre de Bernabé no se lo dieron sus progenitores, sino los Apóstoles, como vocablo evocador cuyo significado es «Hijo de la consolación» (Hch 4, 36).

El comienzo de su itinerario nos es igualmente desconocido. Ni siquiera los exegetas se ponen de acuerdo sobre la cuestión de si fue uno de los discí-

pulos del Señor. Dado que su nombre no consta en los evangelios, muchos creen que estuvo entre los primeros conversos después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés.

Sin embargo, debido a su importante papel en la Iglesia primitiva, San Bernabé aparece en las escrituras sagradas junto a los demás Apóstoles, deferencia que también imitan los Padres de la Iglesia y la sagrada liturgia.¹

Primeras misiones apostólicas

Como despuntadura de su gesta, vemos a San Bernabé ejerciendo su apostolado junto a San Pablo.

Era reciente la noticia de que este fariseo declarado se había vuelto un fogoso predicador del nombre de Jesucristo. Cuando subió a Jerusalén para reunirse con los demás Apóstoles, los discípulos no se fiaban de su conversión, movidos por el recuerdo de las persecuciones promovidas en su día por el seguidor de Gamaliel. Ante esto, San Bernabé lo tomó consigo y dio testimonio de la sinceridad de sus palabras. Les contó la aparición del Señor en el camino de Damasco y cómo había predicado con valentía en esta ciudad.

Así pues, San Pablo pudo permanecer en la comunidad de Jerusalén.

No obstante, al darse cuenta de que, a la luz de la predicación del apóstol convertido, los judíos ya tramaban su muerte, los ancianos se inclinaron por enviarlo de vuelta a Tarso. De manera que Pablo y Bernabé se separaron, pero por poco tiempo.

Dispersos por las persecuciones que tuvieron lugar en tiempos de San Esteban, algunos hermanos se habían trasladado a Fenicia, Chipre y Antioquía, donde predicaban el Evangelio y convertían al Señor a un gran número de personas. Sabiendo esto, la Iglesia de Jerusalén envió a Bernabé a este último lugar. Se alegró mucho de ver los progresos de la fe en tierras paganas y exhortó a los hermanos a perseverar en la comunión en Jesucristo.

Como la distancia entre Antioquía y Tarso era corta, Bernabé salió en busca de Pablo y se lo llevó consigo, y ambos permanecieron un año entero en aquella ciudad. Su fervor era tan robusto que los discípulos empezaron a ser llamados, por primera vez, cristianos.

En medio de milagros y persecuciones

El primer viaje apostólico abre un nuevo capítulo en la historia de los dos evangelizadores. Considerando las condiciones de la época, los largos viajes eran un auténtico sufrimiento, por no hablar de las duras pruebas y las violentas persecuciones que tuvieron que soportar, como veremos a continuación.

La génesis de este emprendimiento está toda ella rodeada de un aura misteriosa y sobrenatural. La Sagrada Escritura nos dice que, mientras celebraban el culto, se manifestó el designio del Espíritu Santo: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado» (Hch 13, 2). Los discípulos, obedeciendo a la voz celestial, les impusieron inmediatamente las manos y los dejaron marchar.

Ambos fueron primero a Seleucia, zarparon para Chipre, recorriendo toda la isla, desde Salamina hasta Pafos. De regreso al continente, desem-

barcaron en Perge de Panfilia y se dirigieron a Antioquía de Pisidia. Al ser expulsados de la ciudad por los judíos, se fueron a Iconio.

Dondequiera que pasaban, anunciaban el nombre de Jesucristo y confirmaban sus enseñanzas con milagros admirables. En atención al llamamiento del pueblo judío, trataban de convertirlos en primer lugar, enseñando en las sinagogas. En todas partes el resultado solía ser el mismo, es decir, las multitudes se dividían: por un lado, muchos judíos y paganos adherían a la fe católica; por otro, los incrédulos, aferrados a su maldad, producían conatos de violencia y protestas para expulsarlos. En Iconio, los dos apóstoles estuvieron a punto de ser apedreados, lo que los llevó a huir a las ciudades de Licaonia: Listra, Derbe y alrededores.

Integridad en todas las situaciones

En Listra, Pablo y Bernabé serían nuevamente coronados con la persecución; pero, antes de eso, un hecho nos hace detener la narración de su viaje.

Había en esta ciudad un cojo de nacimiento, cuyas piernas tenía completamente inutilizadas. Sentado, oía la predicación de San Pablo. Con un

profundo discernimiento de almas, el Apóstol percibió en él una semilla de fe y, mirándolo fijamente, le ordenó: «Levántate, ponte derecho sobre tus pies». El milagro fue inmediato: el hombre saltó y echó a andar.

La multitud, que había presenciado el estupendo milagro, exclamó maravillada: «Los dioses en figura de hombres han bajado a visitarnos». Imbuidos de idolatría, los habitantes de Listra asociaban a los dos evangelizadores con divinidades paganas: a Bernabé lo llamaban Zeus, y a Pablo, Hermes, porque era el que predicaba. Al alboroto se sumaron los propios sacerdotes, dispuestos a sacrificarles, junto con la gente, toros adornados con guirnaldas.

Inmediatamente, Pablo y Bernabé protestaron contra aquella actitud idólatra y, con esfuerzo, convencieron a la multitud de que ellos también no eran más que simples mortales. Al mismo tiempo, les amonestaban a que abandonaran los falsos dioses y aceptaran las enseñanzas de la única y verdadera religión.

La misma rectitud de espíritu que llevaba a los apóstoles a no desanimarse ante la persecución se reflejaba también en las situaciones de gloria que les



Reproducción

La misma rectitud de espíritu que había llevado a los dos apóstoles a no desfallecer ante la persecución también se reflejó en las ocasiones de gloria que el mundo les tributaba: ni un grano de incienso fue aceptado por ellos

«Pablo y Bernabé en Listra», de Adriaen van Stalbeem - Museo Städel, Frankfurt (Alemania). En la página anterior, San Bernabé, de Fra Angélico - Convento de Santo Domingo, Fiesole (Italia)

tributaba el mundo: no aceptaban ni un solo grano de incienso, sino que, con total modestia, señalaban al único Dios.

Mientras aún hablaban a la multitud, llegaron unos judíos de Antioquía y de Iconio. Los calumniaron y convencieron a aquellos hombres para que mataran a Pablo y a Bernabé. Como el pueblo de Jerusalén —que otrora había aclamado al Mesías el Domingo de Ramos y pocos días después pedido su crucifixión—, también aquella muchedumbre pasó del exceso de admiración al odio más cruel y cogió piedras para lanzárselas a San Pablo. Dándolo por muerto, lo arrastraron fuera de la ciudad.

Los discípulos lo rodearon enseguida y se alegraron al verlo aún con vida, por lo que pasó la noche en aquella misma ciudad, para luego dirigirse a Derbe con San Bernabé. Después emprendieron el viaje de vuelta a Antioquía, visitando todas las comunidades que se habían formado y confirmándolas en la fe.

Concilio apostólico en Jerusalén

Sin duda, aún más difícil que resistir una persecución externa es eliminar una infiltración en las filas del bien. Sea en un ejército, en una comunidad o incluso en el cuerpo humano, las peores enfermedades suelen surgir de dentro del propio organismo. Pues bien, también del seno del cristianismo

brotó una semilla de división, lo cual llevó a San Bernabé y a San Pablo a reaccionar con mayor energía que ante las amenazas o motines promovidos contra ellos por los judíos.

Algunos discípulos, que seguían la doctrina de Jesucristo, comenzaron a prescribir la norma mosaica de la circuncisión, incluso a los no judíos. Pablo y Bernabé se opusieron de inmediato y, como se había originado una gran discusión, decidieron llevar el asunto a la Iglesia de Jerusalén. Así que los Apóstoles y los ancianos se reunieron para tratar la cuestión.

Habiendo escuchado ambas opiniones, San Pedro reiteró que la circuncisión no tenía ningún valor para los gentiles, ya que es por la gracia del Señor que somos salvados. Subrayando la opinión del primer Papa, Pablo y Bernabé relataron los milagros que Dios había obrado por medio de ellos entre los paganos.

Finalmente, Santiago, con un solemne discurso, ratificó la decisión tomada y reguló sólo algunos puntos específicos de la ley que debían observar los gentiles. De este modo, Pedro, Santiago y Juan, «considerados como columnas de la Iglesia» (Gál 2, 9), dieron todo su apoyo al apostolado de Pablo y Bernabé entre los paganos, permitiendo que ambos permanecieran en Antioquía, incluso enviando con ellos a algunos fieles.

Ocaso de una vida, aurora de la eternidad

La actuación de San Bernabé y San Pablo, juntos durante tantos años, tienen un desarrollo misterioso, en el que los designios divinos se ocultan bajo los velos de un incidente.

Después de haber estado los dos en Antioquía cierto tiempo, San Pablo ma-

nifiesta su deseo de volver a recorrer Asia Menor, con el fin de fortalecer las comunidades que allí se habían fundado. San Bernabé accede, pero quiere llevarse a su primo, San Marcos. Ahora bien, San Pablo se niega perentoriamente a recibir al evangelista en su séquito, debido a un desacuerdo anterior, como los que se dan incluso entre los más brillantes hijos de la luz en este valle de lágrimas. La decisión está tomada: los dos apóstoles se separan.

Con total exención de resentimientos mezquinos, que el espíritu moderno es llevado a ver en esta escena, ambas personalidades, cargadas de firme decisión y voluntad fuerte, emprenden cada una un viaje diferente. San Bernabé parte con San Marcos hacia Chipre, mientras que San Pablo toma a Silas como compañero y recorren Siria y Cilicia.

La separación entre los apóstoles marca también el discreto silenciamiento de San Bernabé en la Sagrada Escritura, obligándonos a recurrir al testimonio de antiguas tradiciones. Probablemente habría viajado a las distantes ciudades de Alejandría, Roma y Milán. Sin embargo, la puerta por la que alcanzaría el Cielo se encontraba en el mismo sitio donde había visto la luz del día, en la isla de Chipre.

Por los pocos detalles que nos han legado los escritores patristicos, sabemos que el santo varón fue lapidado por los judíos en Salamina. Las piedras lanzadas contra San Bernabé derribaron el muro que lo separaba de la mansión celestial, al mismo tiempo que, con su muerte, se configuraba plenamente al supremo Redentor Jesucristo, a quien había dedicado toda su existencia. ✠

Las piedras arrojadas contra él en su martirio derribaron el muro que lo separaba de la mansión celestial

San Bernabé - Basílica de Santa María sobre Minerva, Roma

¹ Cf. ARNALDICH, OFM, Luis. «San Bernabé». In: ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; REPETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2004, t. VI, pp. 262-270. La mayor parte de la información sobre San Bernabé contenida en este artículo procede de los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 9-15).



Gustavo Krahl

... por qué el sacerdote reza el padrenuestro con los brazos abiertos en la santa misa?

En la Sagrada Escritura encontramos muchos pasajes en los que ciertos varones providenciales se dirigen a Dios en oración con los brazos abiertos.

Durante la batalla de los israelitas contra Amalec, por ejemplo, Moisés estaba en la cima del monte intercediendo por el pueblo con los brazos

levantados al cielo. Mientras el profeta «tenía en alto las manos, vencía Israel; mientras las tenía bajadas, vencía Amalec» (Éx 17, 11).

Entre los reyes del pueblo elegido, observamos el mismo procedimiento: «Salomón, puesto en pie ante el altar del Señor y en presencia de toda la asamblea de Israel, extendió las manos.

[...] Y, tendiendo sus manos hacia el cielo, dijo: “Señor, Dios de Israel, ni en el cielo ni en la tierra hay un Dios como tú, que guardas la alianza y el amor con tus siervos, que caminan ante ti con todo su corazón”» (2 Crón 6, 12-14).

Ese gesto caracteriza, pues, al alma orante que tiende hacia lo alto en actitud de súplica, ejerciendo el papel de intercesora ante Dios, y puede significar también una exclamación de angustia o una expresión de alabanza y gratitud. Por último, los Santos Padres comparan la costumbre de levantar los brazos con la posición de Nuestro Señor Jesucristo clavado en la cruz para salvar a la humanidad.

Teniendo en cuenta esto, la Santa Iglesia ha conservado esa costumbre durante el rezo del padrenuestro en la santa misa. El sacerdote levanta los brazos simbolizando el carácter intercesor de su oración, haciendo brillar de modo admirable la maternidad de la Iglesia: así como Cristo intercedió por los hombres en el Calvario, ella intercede por los fieles, junto al Redentor, en la liturgia. ✦



Celebración de la santa misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

... por qué los vasos sagrados son de metal?

El cáliz es el objeto más antiguo e importante usado para el santo sacrificio de la misa, habiendo sido utilizado por el propio Jesucristo, nuestro Señor, cuando instituyó la sagrada eucaristía.

A lo largo de los siglos, se emplearon distintos materiales en la fabricación de cálices, como piedra, madera, arcilla, bronce o cuerno de animal. A partir del siglo V, se volvió frecuente el uso de cálices de oro para distinguir lo más posible el receptáculo que recibiría la preciosísima sangre

del Señor. Actualmente, la ley eclesiástica determina que el cáliz sea de metal noble y siempre dorado por dentro (cf. *Institutio Generalis Missalis Romani*, n.º 328; *Redemptionis Sacramentum*, n.º 117). La misma regla se aplica al copón, también llamado ciborio o píxide.

El metal noble tiene por finalidad tributar honor al Señor y, por su dignidad y perennidad, favorecer en la percepción de los fieles la creencia en la presencia real del Salvador en las especies eucarísticas. El oro re-

cuerda la realeza, llegando a significar también los tesoros de sabiduría escondidos en Jesucristo. Algunos teólogos afirman que ese metal simboliza igualmente el amor divino y, en este sentido, la apertura de la copa del cáliz representa la llaga abierta en el corazón de Jesús, de donde emanó la sangre divina.

Podría decirse que el decoro con que son elaborados los vasos sagrados sirve de modelo a los fieles de cómo deben estar sus almas al recibir en su interior al Rey del universo. ✦



Madre solícita y dadivosa

Madre ejemplar, Dña. Lucilia acude prontamente en socorro de sus devotos, no sólo para resolver intrincados problemas financieros o de salud, sino también para enseñarles a enfrentar los sufrimientos.



✎ **Elizabete Fátima Talarico Astorino**

Hay pruebas que nos sorprenden como «relámpago en cielo raso», conocida expresión que muestra cómo los reveses pueden irrumpir en la vida de los hombres sin ninguna preparación. Además, hoy en día son pocos los que piensan en esta posibilidad, aunque sea muy probable, casi segura...

Doña Lucilia, por el contrario, solía estar bien preparada y afrontaba las pruebas más imprevistas e incluso ilógicas que surgían en su vida con una actitud de total sumisión a la soberana

voluntad de Dios, pidiéndole fuerzas únicamente para beber el cáliz del sufrimiento por entero.

Madre ejemplar, está siempre atenta para acudir en socorro de quienes piden su intercesión, no sólo para aliviar su dolor, sino también para enseñarles a hacer frente a las luchas de la existencia. A continuación presentamos a nuestros lectores dos hermosos testimonios que demuestran cómo Dña. Lucilia sabe «aderezar» el dolor y la alegría en la vida de sus devotos, siempre con vistas a una mayor perfección espiritual.

«El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó...»

De la ciudad de Otavalo (Ecuador), Adriana Vargas nos envía este relato:

«Quisiera compartir con ustedes un “milagro” que recibí de Dios, nuestro Señor, de nuestra Madre María Santísima, por intercesión de Dña. Lucilia. Mi marido tiene una camioneta que funciona como taxi, y el 19 de octubre del 2023 recibió una llamada para realizar un servicio en una ciudad lejos de la nuestra, aquí en Ecuador. Sin embargo, al llegar a su destino apareció un coche con unos hombres armados que lo abordaron, cogieron el vehículo y lo secuestraron aproximadamente cuatro horas. Ya era de noche cuando los delincuentes lo dejaron en una ciu-



Adriana y su esposo junto al vehículo que fue robado

De un momento a otro, la familia se vio privada de todo, pues el vehículo robado era la fuente de ingresos que sustentaba el hogar

dad de la costa ecuatoriana. Naturalmente, estaba muy asustado».

Al miedo que sentía inmediatamente después de los traumáticos momentos del secuestro, se sumaba el hecho de que ni siquiera sabía a dónde ir, pues había sido abandonado en un lugar desierto y desconocido. Providencialmente, aparecieron dos jóvenes que muy amablemente le ayudaron a tomar un taxi hasta la estación de autobuses, para que pudiera subir a un autocar y volver sano y salvo a su hogar. No obstante, mientras viajaba de regreso a casa, Adriana era víctima de una extorsión telefónica, en la que los asaltantes amenazaban con matar a su esposo si no les pagaba de inmediato un rescate de dos mil dólares.

Continúa la narración de Adriana: «Teníamos deudas económicas y tuve que pedir otro préstamo para darle esa cantidad a los extorsionadores. Nos dejaron sin nada; vaciaron nuestras cuentas. No teníamos lo suficiente ni para alimentarnos, ni para desplazarlos, ni pagar el colegio de nuestros hijos. ¡No teníamos nada! Pero, gracias a Dios, gente de buen corazón venía a visitarnos y nos traían arroz, pan, azúcar o alguna ayuda financiera. Así era como nos manteníamos».

De la noche a la mañana, Adriana y su familia se vieron privados de todo, ya que el vehículo robado era la fuente de ingresos que sustentaba el hogar. Hace milenios, el santo Job pasó por pruebas similares, y su grito de conformidad con la voluntad de Dios sirvió de ejemplo también para esta familia: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor» (Job 1, 21).

En la prueba, confiando en Dña. Lucilia

Amparada en la fe reforzada por el vínculo de esclavitud y amor a la San-



Doña Lucilia en marzo de 1968, cerca de un mes antes de su fallecimiento

*«Recé la novena al
Sagrado Corazón de
Jesús, por intercesión
de Dña. Lucilia, y
ella, como madre
mía, me devolvió el
vehículo intacto»*

tísima Virgen María —se había consagrado dos años antes, bajo la orientación de los Heraldos del Evangelio— y gracias a una vida de intensa piedad iniciada a partir de esta consagración, Adriana estaba preparada para atravesar esos momentos dolorosos, consciente del bien que la Providencia podía sacar de ellos:

«Cuando Dios actúa, todo se vuelve más fácil. No nos invadió la desesperación; al contrario, mantuvimos la paz y

la tranquilidad en medio de la prueba. Fue muy difícil, tuve que pedir comida a una institución benéfica, porque no tenía nada más. Pero Dios es bueno. Aprendí —como ustedes dicen— a llevar mi cruz y le decía: «Dios mío, tú sufriste más en la cruz; lo que yo sufro no es nada ¡Cógeme de tu mano!».

Algunos «amigos» aprovecharon la ocasión para criticar a Adriana por su piedad, llegando a decirle: «Rezas mucho, eres muy apegada a la Iglesia. Por eso te pasan estas cosas». Pero no se dejaba intimidar: «Cuanto más me decían “deja de rezar”, más agarraba mi rosario y seguía adelante, con mi esposo. De hecho, recé más que nunca».

En esta penosa situación, recordó haber visto algunos vídeos sobre Dña. Lucilia y su valiosa intercesión. Entonces le pidió a un sacerdote heraldo que conocía: «“Padre, por favor, si puede ir a la tumba de Dña. Lucilia, pídale que me ayude!”». Me respondió con gran generosidad: “Si puedo, iré; si no, enviaré a alguien a que rece por usted”. No pedía propiamente que nos devolvieran el vehículo, sino que mi marido se recuperara y pudiéramos pagar todas nuestras deudas».

Adriana también le pidió al sacerdote que le indicara alguna oración para tales circunstancias, y le sugirió una novena al Sagrado Corazón de Jesús, que Dña. Lucilia solía rezar en vida.

Continúa Adriana: «Hice la novena, pidiendo la intercesión de Dña. Lucilia. Poco después de terminar, me llamó un policía y me dijo: “Señora, soy de la policía, han encontrado su vehículo”. Me resistía a creerlo, porque podría ser otro extorsionador. Le pregunté: “Pero ¿tiene fotos? ¿Cómo pueden decirme que es realmente el mío?”. Me respondió: “Señora, ya lo hemos comprobado”».

Y era verdad.

Un vehículo desmantelado

¿Qué había pasado? Los delincuentes habían abandonado la camioneta en las montañas, donde fue encontrada por policías que estaban buscando a otra persona secuestrada. Sin embargo, le faltaban los neumáticos, los asientos, el depósito de gasolina, la radio.

«El coche fue llevado a la comisaría y por la noche —relata Adriana— me enviaron la hoja de registro en el patio. ¡A ese coche le faltaba de todo! Había sido casi desmantelado. Qué dolor tan grande, porque era un vehículo de trabajo, con el que mi marido nos mantenía, lo teníamos todo en ese coche...».

Aunque decepcionada, por consejo de un amigo abogado, la familia hizo gestiones para recuperar el vehículo que estaba casi destrozado. Pero Dña. Lucilia pronto transformaría esa decepción en alegría: «El 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, se realizaron las pericias necesarias para su liberación. Se comprobó de nuevo el estado del vehículo y... ¡oh, sorpresa!, estaba intacto. Le faltaba alguna cosilla, como la radio, y tendríamos que pintarlo. ¡Nada más! ¡Recé la novena al Sagrado Corazón de Jesús por intercesión de Dña. Lucilia y ella, como madre mía, me devolvió el vehículo intacto!».

Otra ayuda económica

En medio de las dificultades financieras por las que atravesaba la familia, a Adriana se le presentó otro problema, como ella misma cuenta: «Trabajo desde casa, haciendo llamadas telefónicas. Ahora bien, en esa época no tenía suficiente dinero para pagar la factura del móvil, del que dependo para mi trabajo. Pero había oído que Dña. Lucilia hace “milagros” económicos. Así que le dije: “Doña Lucilia,



Reproducción

Bibiana con su esposo e hijos

Un enorme sufrimiento golpeó a Bibiana: en esos momentos, tenía muy presente que en cualquier instante podía perder a su hijito

usted sabe cómo está mi situación este mes, no tengo dinero...».

Inexplicablemente, la factura de ese mes había sido cancelada, Adriana ni siquiera había recibido la habitual notificación. Al mes siguiente, un poco preocupada porque no sabía qué había pasado, fue a la oficina de la compañía operadora para comprobar el importe total de su deuda. No obstante, los empleados de la empresa le informaron que no había nada pendiente y que la factura del mes anterior ni siquiera aparecía en el sistema.

Adriana concluye: «¡Doña Lucilia me atendió! ¡Hemos de tener mucha fe en que Dña. Lucilia, la Virgen y, más aún, Dios, nuestro Padre, no nos abandonará! Esto es lo que quiero compartir con ustedes, queridos heraldos. ¡Continúen con este apostolado que ha cambiado la vida de tantas personas!».

Una enfermedad infantil que termina en la UCI...

Desde Mairiporã (Brasil), nos escribe Bibiana de Fátima Schiavo Liobino contándonos la gracia recibida por intercesión de Dña. Lucilia en favor de su hijo menor.

«Tengo 38 años, estoy casada con Marcelo Cavalcante Liobino y tenemos dos hijos, Gustavo y Emanuel. Hoy queremos dar testimonio de una gran gracia que recibimos a través de Dña. Lucilia.

»El hecho ocurrió el 11 de marzo de 2024, con Emanuel, nuestro hijo más pequeño, que entonces tenía 3 años y nueve meses. Después de pasar el día con fiebre, decidimos llevarlo a urgencias, donde llegamos sobre las siete de la tarde y nos quedamos hasta cerca de las diez. Salimos de allí con diagnóstico de laringitis aguda y con medicación para tomar en casa: antibióticos y antitérmicos.

»Hacia medianoche, Emanuel, que volvía a tener fiebre, se despertó llorando, con falta de aire y con una dificultad respiratoria muy fuerte. Decidimos volver rápidamente al hospital. En urgencias, sus constantes vitales parecían normales, pero el malestar y el estridor que presentaba preocuparon a la médica, que consideró prudente llevarlo a la UCI neonatal.

»Ingresó en la UCI a la 1:40 de la madrugada y hasta las 5:20 de la mañana el equipo médico estuvo intentando estabilizar su estado, que en ese momento, en mi opinión de madre, no

parecía tan grave como de hecho lo era. Entonces, a través de la médica de la UCI, llega la noticia de que Emanuel tendría que ser intubado... ¡Sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies! Empecé a rezar, pidiéndole al Señor y a la Virgen que no se llevaran a mi hijo. Fue un proceso muy difícil, estaba sola en ese momento, pasando por muchas otras pruebas, y tenía ahí otro pequeño sacrificio que ofrecer al Señor.

»Las horas se hacían interminables. La previsión era que pasara de dos a tres días intubado. Le diagnosticaron laringitis estridulosa, que evolucionó a broncoespasmo grave, seguido de edema de glotis y *shock* anafiláctico».

«Se ganó nuestra admiración y nuestro corazón»

Bibiana nos cuenta que en esos momentos era muy consciente de que en cualquier instante podía perder a su hijito, pero, gracias a Dña. Lucilia, al mismo tiempo recibió una fuerza sobrenatural para ofrecer todo ese sufrimiento a Dios y permanecer, sin desanimarse, al lado del pequeño Emanuel. Sigamos su historia:

«Mi esposo me trajo las mejores armas: un rosario, agua bendita, una imagen de la Virgen y el libro de oraciones de nuestro hijo mayor. Alrededor de las diez de la mañana del 12 de marzo, me llega un mensaje de una persona cercana que me decía: “Que Dña. Lucilia te proteja”. Le respondí pidiendo que Dña. Lucilia me sostuviera con su ejemplo de amor maternal. Enseguida recibí como respuesta que Dña. Lucilia estaba allí, que yo no podía verla, pero que estaba conmigo y, sobre todo, con mi hijito. Pues sí, ¡estaba allí!

»Pasaron unas horas. El fisioterapeuta vino a hablarme de la situación de Emanuel y me explicó que la cánula de intubación era muy delgada, ya que era la única que habían logrado pasar; sin embargo, al disminuir la inflamación, se perdía aire. Me planteó dos opciones: primera, retirar la cánula fina y, si fuera comfortable para Emanuel,

ponerle una mascarilla de oxígeno, menos invasiva; segundo, retirar la cánula fina y, si aún seguía sintiendo molestias, ponerle una más gruesa, pero en este caso tendría que estar intubado dos o tres días más.

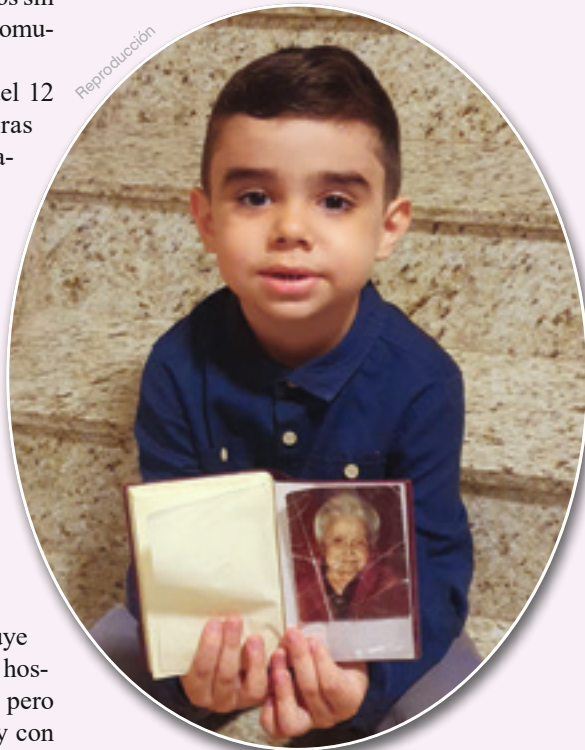
»Entonces recé el rosario, después abrí el devocionario de mi hijo y encontré dentro una estampa de Dña. Lucilia. Me quedé mirando la foto y le pedí que cuidara de mi benjamín, porque yo no tenía nada más que hacer. Cuando esto sucedió, estaba sola en el hospital; mi esposo, Marcelo, estaba en casa de su hermana, quien había recibido la semana anterior la visita de la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima, llevada por dos hermanas de los Heraldos del Evangelio. Durante esta visita, le dejaron a mi cuñada una fotografía de Dña. Lucilia. Entonces, al mismo tiempo que yo rezaba el rosario en la UCI, mi esposo vio la fotografía de Dña. Lucilia en un mueble, puso su mano sobre ella y le pidió que cuidara de nuestro hijo. Lo hicimos sin habernos puesto de acuerdo ni comunicarnos.

»A las cinco menos cuarto del 12 de marzo, es decir, casi doce horas después de la intubación, Emanuel fue extubado, quedándose solamente con una mascarilla de oxígeno, y permaneció así hasta las diez de la noche. Al final de aquel día agotador, estaba hablando yo con mi esposo y me contó la oración que había hecho; emocionada, también le conté lo que me había sucedido en el hospital. Ahí tuvimos la certeza de que Dña. Lucilia había acudido en nuestro auxilio e intercedido por nuestro hijo».

Agradecida, Bibiana concluye su relato: «Fueron seis días de hospitalización y muchas luchas, pero salimos de esa UCI victoriosos y con el corazón lleno de gratitud. Casi un mes después del suceso, Emanuel se encontraba muy bien, y ni siquiera

parecía que hubiera pasado por todo lo que pasó. Durante una consulta, tras revisar su historial clínico, una médica nos dijo que el ángel de la guarda de Emanuel es muy bueno... Y le creemos, porque sabemos cuán grande fue la gracia que recibimos por la intercesión de Dña. Lucilia. ¡Se ganó nuestro corazón, nuestra admiración y nuestra devoción!». ❖

«Sabemos cuán grande fue la gracia que recibimos de Dña. Lucilia. ¡Se ganó nuestro corazón y nuestra devoción!»



Emanuel con el libro de oraciones de su hermano, en el que guardaba una estampa de Dña. Lucilia

Triduo Pascual con los Heraldos

El Triduo Pascual constituye el punto culminante de todo el año litúrgico, durante el cual se realizan hermosas ceremonias repletas de gracias. Este año las celebraciones preparadas por los Heraldos del Evangelio tuvieron lugar en las ciudades brasileñas de Caieiras y Cotia (SP), Campos dos Goytacazes (RJ), Cariacica (ES), Joinville (SC), Lauro de Freitas (BA), Juiz de Fora y Montes Claros (MG), Maringá y Piraquara (PR), además de las capitales Cuiabá, Fortaleza y Belo Horizonte.

También hubo bendecidas y concurridas ceremonias en otros países de Hispanoamérica, Europa y África: en Madrid; en Braga (Portugal); en Buenos Aires; en Santiago de Chile; en El Retiro y Tocancipá (Colombia); en Ypacaraí (Paraguay); en San José (Costa Rica); en Cuenca (Ecuador); en Santo Domingo (República Dominicana); en Lima; en ciudad de Guatemala; en Querétaro (México); y en Maputo (Mozambique).



Paraguay

Xavier Jacob



Caieiras (Brasil)

Leandro Souza



Juiz de Fora (Brasil)

Daniela Florindo



Montes Claros (Brasil)

Fátima de Oliveira



Portugal

Nuno Moura



Caieiras (Brasil)

Leandro Souza



Paraguay

Xavier Jacob



Guatemala

Roberto Salas



Tocancipá (Colombia)

Jesse Arce



Tocancipá (Colombia)

Jesse Arce



Caieiras (Brasil)

Eduardo Injorque



Xavier Jacob



Paraguay



Caieiras (Brasil)



Portugal

Nuno Moura

Alexandro Silva



Piraquara (Brasil)



Leandro Souza

Caieiras (Brasil)



Portugal

Nuno Moura

Roberto Salas



Guatemala



Tocancipá (Colombia)



Caieiras (Brasil)

Leandro Souza

Jesse Arce



Tocancipá (Colombia)



Douglas Esteves

Joinville (Brasil)



Maringá (Brasil)

Maria Fernanda Aguiar

Douglas Esteves



Joinville (Brasil)



Ivano Gavilan

El Retiro (Colombia)



Portugal

Nuno Moura



Cinco lecciones para nuestros días

¿Puede un concilio que tuvo lugar en el lejano Oriente, hace mil setecientos años, tener algo que decir a los católicos del siglo XXI?

✠ Gabriel Marques dos Santos



Si la historia es maestra de la vida, bien podemos considerar privilegiada una institución que cuenta con dos milenios de existencia! Nada, excepto la siempre nueva acción de la Providencia, constituye una novedad para la Iglesia Católica. Frente a las inauditas tormentas del siglo XXI, puede afirmar altanera: «Ya he visto otros vientos, y he afrontado con el mismo ánimo otras tempestades».¹

En este año en que conmemoramos el 1700 aniversario del Concilio de Nicea, consideremos algunas de las actualísimas enseñanzas de aquella magna asamblea, las dos primeras de las cuales se nos presentan incluso antes de que se reunieran los príncipes de la Iglesia.

Primera lección: el peligro comienza con la victoria

Saliendo triunfante de las catacumbas tras el Edicto de Milán, la Esposa Mística de Cristo no tardaría en enfrentarse a nuevos enemigos: las herejías, que apenas se habían manifestado en los tiempos de la persecución. El arrianismo, el sabelianismo, el novacianismo, el donatismo, el melecianismo y el maniqueísmo fueron algunos de los errores que proliferaban en aquel período.

El punto central de las disputas eran las doctrinas acerca de la Santísima Trinidad y de la Encarnación del Verbo. El arrianismo, en particular, pre-

dicaba que el Verbo sería criatura del Padre, negando expresamente la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, ¡el fundamento mismo del cristianismo!

El fundador de esa secta era Arrio, un presbítero que vivía en la ciudad de Alejandría,² donde era responsable de la importante iglesia de Baucalis. Afirmando poseer un conocimiento y una sabiduría extraordinarios, difundía pertinazmente sus errores, pese a las insistentes advertencias del patriarca Alejandro e incluso de la condena formal de sus doctrinas por un concilio local. El peligro crecía a medida que la herejía se extendía por todo el imperio y formaba una perniciosa corriente. Será entonces cuando el Concilio de Nicea se levantará contra.

Aquí podemos considerar ya la primera lección de este concilio: la lucha es un aspecto esencial de la Iglesia militante. La victoria señalada por el Edicto de Milán sólo marcó el comienzo de otro combate. No tenemos derecho a ser optimistas: los enemigos de la Iglesia no duermen y siempre buscarán nuevos y astutos planes para combatirla, especialmente si se han dado cuenta de que la vigilancia de quienes deben defenderla se ha enfriado. No sin razón, el divino Maestro advirtió a los Apóstoles: «Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos» (Mt 10, 16).

Ovejas y lobos..., conservemos esta imagen para la próxima lección.

Segunda lección: ¿ovejas perdidas o lobos disfrazados?

Es posible que el lector se pregunte: si Arrio era tan perverso, ¿cómo llegó a ser párroco de una de las principales iglesias de Alejandría?

Es todavía más desconcertante pensar que, siendo aún laico, era uno de los partidarios de las doctrinas de Melecio, obispo cismático de Licópolis. Tras la excomunión de éste, el patriarca de Alejandría creyó, sin más, que el joven Arrio había vuelto al buen camino y le franqueó su ingreso al presbiterio. No hay duda de que si no gozara del acceso a los púlpitos la influencia del «ilustre», como él mismo se hacía llamar, habría sido bastante reducida.

Mucho se nos advierte respecto del juicio temerario negativo, pero poco del juicio temerario positivo..., desgraciadamente.

En este sentido, Constantino también dio muestras de ingenuidad. Tan pronto como se enteró de la difusión del arrianismo por todo el imperio, se empeñó por lograr una incongruente unidad entre herejes y ortodoxos. Afirmaba, por tanto, que la causa de la división era insignificante, pues no se trataba de un dogma. Ahora bien, si hay un punto esencial en la fe católica, ¡es precisamente la divinidad de Cristo!

Sólo después de la insistencia del obispo Osio de Córdoba, su ministro

de asuntos eclesiásticos, el emperador aceptó la necesidad de una definición clara.

Pero hablábamos de ovejas y lobos... Es sin duda conmovedora y muy cierta la parábola del Buen Pastor y de la oveja perdida. «¿Qué decir, no obstante —se pregunta el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira—, del católico que, por el contrario, venciendo obstáculos sin fin, descendiera al fondo del abismo, con peligro para sí mismo, y recogiera allí cariñosamente a un lobo astuto, acariciando suavemente su fingida piel de cordero; que abriera triunfante con su “conquista” las puertas del redil, soltara allí el fruto de su caritativo apostolado y, luego de una prolongada y tierna mirada al gozo con el que la nueva “ovejita” se encontraba en “confraternización” con las demás, se fuera a dormir en los laureles de tan brillante hazaña?».³ Busquemos una respuesta en otra enseñanza del divino Maestro.

Al que contribuya a que se desvíe del camino de la virtud una sola alma, «más le valdría —sentencia la Sabiduría encarnada— que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar» (Mc 9, 42).

He aquí la segunda lección del Concilio de Nicea: cuando vemos, en la grey del Señor, lobos disfrazados de ovejas, «tenemos que quitarle la piel de oveja y gritar: “¡Este es un lobo!”».⁴

El concilio reunido

Siguiendo, pues, el consejo de Osio, Constantino envió cartas a los obispos de todo el orbe, invitándoles a reunirse en Nicea, en Asia Menor. El emperador tenía tanto interés en que asistieran los prelados que se dispuso a costearles los gastos del viaje y la estancia en la ciudad. La sesión inaugural tuvo lugar el 20 de mayo de 325, y a ella acudieron trescientos dieciocho obispos.

Occidente estuvo representado por pocos prelados: además del propio Osio, sólo otros tres. Sin embargo, la presencia de Vito y Vicente, delegados del papa San Silvestre, cuya avanzada edad no le permitía un desplazamiento tan largo, aseguraba la universalidad del concilio.

El partido arriano contaba con unos veintidós obispos. También fueron, como buitres que rondan a su presa, algunos filósofos gentiles y eclécticos, que consideraban la nueva doctrina como una oportunidad para el nefario acercamiento entre paganismo y cristianismo.

Tras una serie de reuniones privadas, en las que Arrio fue invitado a exponer su doctrina, el 19 de junio se celebró la primera sesión pública y solemne, a la cual asistió Constantino.

Tercera lección: las palabras convencen, el ejemplo arrastra

La escena tuvo que haber sido emocionante. Un sinnúmero de valientes

confesores de la fe se reunían por primera vez para defender la ortodoxia.

Entre los más ilustres, encontramos a San Jacobo de Nisibe y a San Espiridión, célebres taumaturgos de los que se decía que habían resucitado muertos; San Pafnucio de Tebaida, a quien sus perseguidores le habían arrancado el ojo derecho y cortado el jarrete izquierdo; Pablo de Neocesarea, que llevaba sus manos completamente quemadas por las torturas que había sufrido por Cristo. Un historiador antiguo bien afirmó sobre la respetable asistencia: «Era una asamblea de mártires».⁵

Además de ellos, también estaba presente el venerable patriarca de Alejandría, San Alejandro, acompañado de un diácono que la historia consagraba como el principal exponente de la lucha contra el arrianismo: San Atana-

La lucha es un aspecto esencial de la Iglesia militante; y una de sus expresiones es denunciar a los lobos que se infiltran en el rebaño



Rebaño de ovejas - Coyhaique, Aysén (Chile); arriba, detalle de «El lobo y la oveja», de Jean-Baptiste Oudry





«Condena de Arrio en el Concilio de Nicea» -
Biblioteca del Monasterio de El Escorial (España)

sio. Como no podía asistir a las sesiones oficiales, reservadas a los obispos, el joven Atanasio, dotado de una personalidad fogosa y de un pensamiento ágil —pero sobre todo de un especial auxilio de la gracia—, se movía por los pasillos del palacio imperial organizando reuniones y debates, en los que se reveló como el terror de la herejes.

Tales consideraciones nos conducen a nuestra tercera lección: en el enfrentamiento entre la verdad y el error, la integridad es el arma más poderosa de los buenos.

Si en Nicea los heterodoxos contaban con personalidades influyentes y educadas, la recta doctrina tenía a su favor el elocuente ejemplo de los confesores: ¡sus heridas habían dado testimonio de la divinidad de Cristo mucho antes que sus lenguas! Si queremos ser contados entre los paladines de la Santa Iglesia en los tiempos calamitosos en los que vivimos, hemos de buscar, ante todo, la santidad de vida.

Cuarta lección: la santa intransigencia agrada a Dios

Entre los participantes del primer concilio ecuménico destaca una figura tan famosa como simpática: la del obispo San Nicolás de Mira. En él, su conocida caridad para con los pobres coexistía con un ardiente celo por la integridad de la fe.

De hecho, el santo obispo había demostrado un gran valor al enfrentarse al cautiverio por el nombre de Cristo. Después de su liberación, compareció en Nicea, con la cara ennegrecida por el fuego de los tormentos.

Se cuenta que, tomado de indignación ante las blasfemias pronunciadas por Arrio, Nicolás le abofeteó con tanta fuerza que lo tiró al suelo. Los partidarios del hereje no tardaron en lanzar teatrales protestas de enfado, que acabaron llevando al celoso anciano a la cárcel, despojado de su dignidad episcopal.

Sin embargo, esa misma noche lo visitó el propio Jesucristo, acompañado de su Madre Santísima. El Salvador le preguntó el motivo de su arresto, a lo que el pastor de Mira respondió: «Señor, estoy preso por haber defendido con celo vuestra dignidad». Entonces, mientras recibía de las manos divinas el libro de los evangelios, San Nicolás oyó que el Señor le decía: «Sal de esta prisión, que yo te restituyo a tu dignidad». Al mismo tiempo, la Virgen le puso el palio sobre sus hombros.

Cuando el prelado responsable de su custodia vio al santo liberado de sus cadenas y adornado con las insignias se quedó asombrado y abrió inmediatamente la celda, mientras oía al anciano narrar con toda sencillez lo ocurrido. Al día siguiente, al enterarse

La intransigencia tiene como premio la aprobación del Señor. Las ideas de Arrio resultaron tan escandalosas que hubo que condenarlas

del milagro, sus hermanos en el episcopado y el emperador readmitieron a Nicolás en las sesiones.⁶

El elocuente episodio es en sí mismo una lección. El católico fiel siempre será objeto de incomprensiones, persecuciones y condenas: «Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. [...] Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán» (Jn 15, 18.20). No obstante, la santa intransigencia tiene como premio la aprobación del Señor y de su excelsa Madre. ¿Qué más se puede desear?

Quinta lección: claridad de la voz de la iglesia

Las ideas de Arrio resultaron tan escandalosas que el concilio enseguida llegó a la conclusión de que debían ser condenadas.

La dificultad residía en definir la verdad en términos precisos e inequívocos, ya que el partido herético lograba presentar interpretaciones dudosas a las expresiones ya consagradas en las Escrituras. Se cree que el presidente de la asamblea, Osio de Córdoba, fue quien encontró la formulación conveniente: Cristo es *homoousios* —ὁμοούσιος—, consustancial al Padre.

Dándose cuenta de que era inútil mantener una oposición abierta, algunos herejes intentaron una salida cobarde y sibilina. Aceptaron la declaración conciliar, pero introdujeron una discreta *ι* —iota— en la palabra

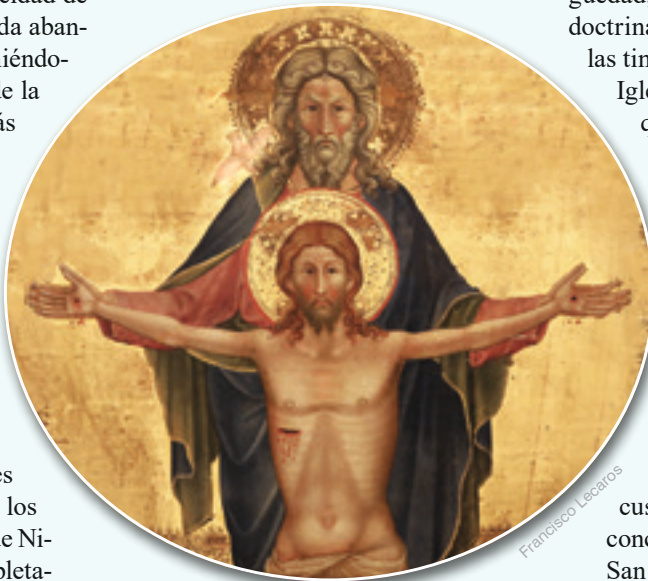
clave del símbolo, cambiándola por *homoiousios*, es decir, de sustancia semejante al Padre. Así pues, la veta maldita permaneció oculta en el seno de la Iglesia, a la espera de circunstancias más favorables para actuar, que no tardarían en llegar debido en gran parte, dígame de paso, a la veleidad de Constantino: al final de su vida abandonaría el credo de Nicea, poniéndose del lado de los enemigos de la fe. Se presentaba una vez más la eterna táctica del mal: las formulaciones ambiguas.

A su vez, la gran mayoría de los padres conciliares aclamaron la formulación del obispo español como la expresión más fidedigna de la fe católica y la introdujeron en la redacción de un nuevo símbolo, que explicitaba las verdades ya contenidas en el credo de los Apóstoles. Se trata del credo de Nicea, que más tarde sería completado por otro concilio, constituyendo lo que hoy rezamos bajo el título de credo niceno-constantinopolitano.

La Iglesia afirmaba así su fe en «un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial —*homoousios*— al Padre».⁷ Y en el propio texto del símbolo, declaraba: «A aquellos, empero, que dicen: “Hubo un tiempo en que no fue” y: “Antes de nacer, no era”, y: “Que de lo no existente fue hecho o de otra subsistencia o esencia”, a

los que dicen que: “El Hijo de Dios es variable o mudable”, a éstos los anatematiza la Iglesia Católica».⁸

Viendo en esa formulación una manera de asegurar por el momento su tan anhelada unidad, Constantino la refrendó con una medida imperial:



«La Santísima Trinidad», de Nicolò Semitecolo - Museo Diocesano de Padua (Italia)

La ambigüedad doctrinaria es propia de los hijos de las tinieblas; en cambio, la voz de la Iglesia es clara e inconfundible enseñando fe y moral

quienes se negaran a suscribirla serían desterrados. Ése fue el destino de dos obispos egipcios, además del propio Arrio y algunos de sus partidarios.

Quizá sea ésta la principal lección de Nicea para nuestros días. El demonio pesca en río revuelto. La ambigüedad, la indefinición y la confusión doctrinarias son propias de los hijos de las tinieblas. En cambio, la voz de la Iglesia, Esposa Mística de aquel que se definió como la Verdad, es clara e inconfundible. En efecto, les compete a los ministros, además del gobierno y la santificación de las almas, el oficio de enseñar con claridad las verdades de la fe y de la moral.

Mil setecientos años después

Una vez concluidas las discusiones, el concilio sometió sus conclusiones al romano pontífice, San Silvestre, que las aprobó en su totalidad. La lucha contra el arrianismo, sin embargo, no se ganaría definitivamente hasta el año 381 en Constantinopla.

Aun así, el Concilio de Nicea brilla como uno de los episodios más importantes y gloriosos de la historia eclesiástica. Fue, en palabras de San Agustín, «el concilio universal, cuyos decretos son como mandamientos celestiales».⁹ Y a la alabanza del Doctor de Hipona podemos añadir que no sólo sus decretos, sino también su propia historia es una fuente de enseñanzas para la Iglesia, ¡incluso después de 1700 años! ❖

¹ CICERÓN, Marco Tulio. *In L Calpurnium Pisonem oratio*, c. IX, n.º 21.

² Los historiadores dudan en cuanto a su procedencia: algunos creen que era libanés, otros, originario de Alejandría (cf. BOULENGER, Auguste. *Histoire générale de l'Église*.

L'Antiquité Chrétienne. Lyon-Paris: Emmanuel Vitte, 1932, t. III, p. 27).

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Lobos e ovelhas». In: *Legionário*. São Paulo. Año xv. N.º 473 (5 oct 1941), p. 2.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 26/1/1985.

⁵ TEODORETO DE CIRO. *Historia Eclesiástica*. L. I, c. 7.

⁶ Cf. PERO-SANZ, José Miguel. *San Nicolás. De obispo a Santa*

Claus. Madrid: Arcaduz, 2002, pp. 81-82.

⁷ DH 125.

⁸ DH 126.

⁹ SAN AGUSTÍN, apud RIVAUX, Jean-Joseph. *Tratado de Historia Eclesiástica*. Brasília: Pí-nus, 2011, t. I, p. 258.

Dos maneras de elevarse

De la comparación entre torres diferentes, la de Babel y las de la catedral de Colonia, surge ciertamente una reflexión...

✎ Santiago Vieto Rodríguez



Dice un adagio latino que *mater artium necessitas*, la necesidad es la madre de las artes. Este principio, aplicable a casi todos los campos del quehacer humano, quizá no se vea en ningún otro ámbito tan bien plasmado como en la arquitectura. Los edificios, que surgieron con una finalidad práctica de cobijo y protección, acabaron adquiriendo también, casi siempre, una dimensión simbólica. Esta última cobra a veces tanta importancia que llega a suplantarse su finalidad funcional, como ocurrió con los arcos de triunfo: de simples puertas en la muralla, pasaron a ser un mero pórtico, sin muralla...

Ahora bien, el primer gran proyecto arquitectónico del que se tiene noticia en la historia refleja claramente esa conexión entre edificios y simbolismo. La Sagrada Escritura

(cf. Gén 11, 1-4) nos cuenta que, en un momento determinado después del diluvio, los hombres decidieron utilizar ladrillos cocidos al fuego y alquitrán a fin de construir una torre cuya cúspide alcanzara el cielo. La intención de la iniciativa: hacer famoso el nombre de los constructores, para que no se dispersaran por la faz de la tierra.

La incongruencia entre ambas metas salta a la vista. ¿Qué relación causa-efecto puede tener la celebridad con la permanencia en un mismo lugar? No se sabe. Lo más lógico sería inferir que el segundo elemento constituye un mero pretexto para disfrazar el único y real objetivo: que su nombre se hiciera conocido o, dicho de otro modo, satisfacer su orgullo.

En cualquier caso, dicho emprendimiento, no dirigido a la

gloria de Dios, sino basado en anhelos exclusivamente humanos, fracasó. O más bien, al levantarse contra el Señor, su empresa estuvo marcada no sólo por el fracaso, sino también por el castigo (cf. Gén 11, 5-9): en vez de realizar el deseo de celebridad y de supuesta unión, Babel quedará para siempre como símbolo de temeridad, confusión y separación. En efecto, San Agustín¹ interpreta el pecado de Babel como un orgulloso intento de «fortificarse contra Dios», para escapar de un posible segundo diluvio universal, manteniendo el libertinaje de las costumbres.

Pero no por ello la humanidad ha dejado de construir. Bajo la influencia de la gracia, la civilización cristiana también dio origen a otras torres, las más famosas de las cuales, hasta el día de hoy, son las de las catedrales góticas. Decoradas según los más variados y be-

«La torre de Babel», de Lucas van Valckenborch - Museo del Louvre, París



llos estilos, albergan las campanas que, como ministros de la voz divina, marcan las horas y llaman a los fieles a la oración y al culto sagrado. Constituyen, por tanto, los púlpitos desde los que la Iglesia hace oír su timbre, en ese lenguaje universal del Espíritu Santo que se deja entender por los corazones sencillos de todos los pueblos y lenguas.

Entre las torres góticas más famosas se encuentran sin duda las de la catedral de Colonia (Alemania). Acerca de ellas, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira tejió el siguiente elogio: «Se elevan del suelo con tal impulso y se lanzan al aire con tanta altanería y tan inesperadamente que uno tiene ganas de preguntarles: “¿Queréis volar?”». Proclaman una gran victoria del hombre sobre la ley de la gravedad —una ley que lo atrae hacia abajo, y le dificulta la vida— y [...] parecen perderse en el cielo».² El Dr. Plinio comentaba también que el artista de Colonia tenía la sacrosanta genialidad de querer ir más allá de lo meramente terrenal, como quien levanta la mano hacia Dios, el autor de todo, en un deseo de la otra vida y de conocer al Creador.

De la comparación entre los dos ejemplos —Babel y Colonia—, surge ciertamente una reflexión: dos torres, dos símbolos... Si fuera posible afirmar que «las criaturas [...] son, por lo más profundo de su ser, una “palabra” que Dios pronuncia sobre sí mismo»,³ algo análogo debe pasar entre el hombre —imagen y semejanza del Creador— y lo que produce: toda obra humana constituye un reflejo de la mentalidad de su autor. Por cierto, es lo que enseñó Nuestro Señor Jesucristo: «El hombre bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal» (Lc 6, 45).

En este sentido, ¿qué nos revela cada una de las torres-símbolos en cuestión sobre el interior de sus artífices?

Babel, por el hecho de haber nacido del orgullo, fracasó en su intento de alcanzar físicamente el cielo y

acabó siendo borrada de la historia. Nada más lógico. Al fin y al cabo, el término *vanidad* tiene una raíz común con *vacío* y *devastación*: llenos de sí mismos, los constructores de la torre estaban repletos de nada... y eso fue lo que transmitieron a su edificación.

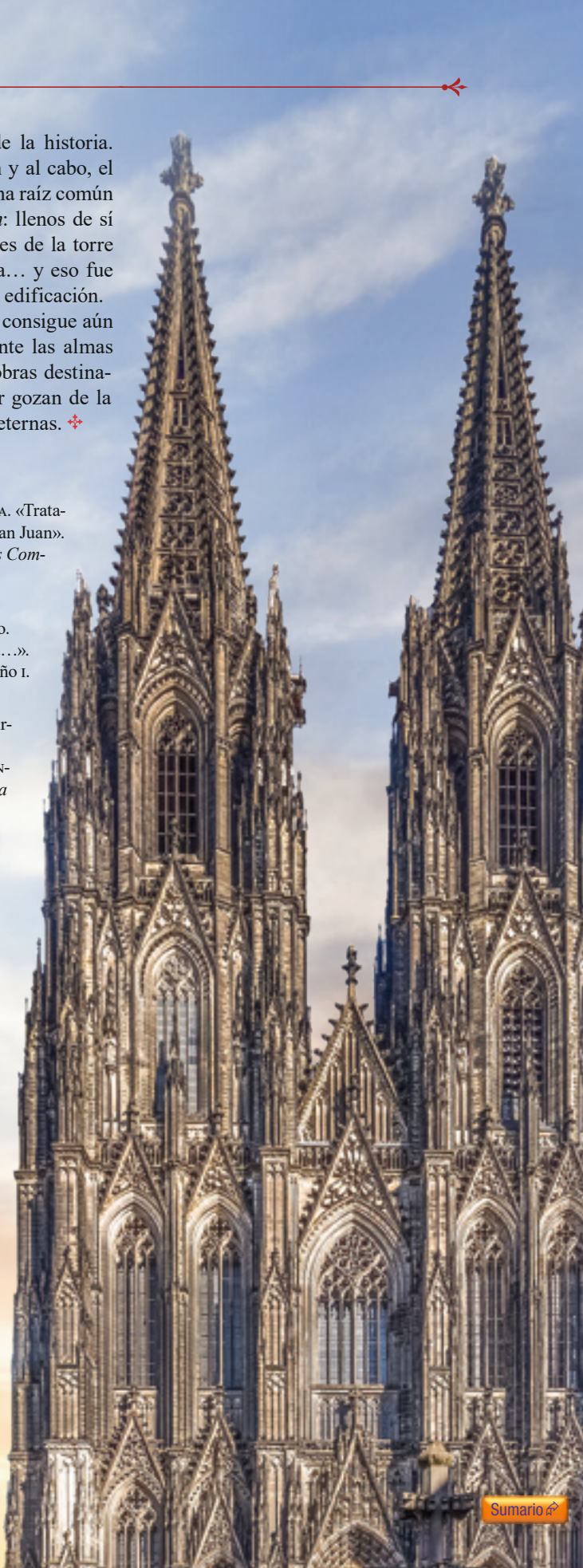
Por su parte, Colonia consigue aún hoy elevar espiritualmente las almas hacia Dios, porque las obras destinadas a glorificar al Señor gozan de la perennidad de las cosas eternas. ✠

¹ Cf. SAN AGUSTÍN DE HIPONA. «Tratados sobre el Evangelio de San Juan». Tratado VI, n.º 10. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 1955, t. XIII, p. 199.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Quando a terra toca o Céu...». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año I. N.º 1 (abr, 1998), p. 6.

³ BANDERA GONZÁLEZ, OP, Armando. «Introducción a las cuestiones 50 a 64». In: SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 2001, t. I, p. 492.

Catedral de Colonia (Alemania)



León XIV ante el milagroso fresco de la Madre del Buen Consejo, en el santuario dedicado a Ella en Genazzano (Italia)



Ya en los primeros días de mi pontificado, he sentido el deber y un profundo deseo de acercarme a Genazzano, al santuario de Nuestra Señora del Buen Consejo, que a lo largo de mi vida me ha acompañado con su presencia materna, con su sabiduría y con el ejemplo de su amor por

el Hijo, que es siempre el centro de mi fe —camino, verdad y vida. Gracias, Madre, por tu ayuda. Acompáñame en esta nueva misión.

Dedicatoria del papa León XIV en el libro de visitas del santuario de Genazzano el 10 de mayo de 2025